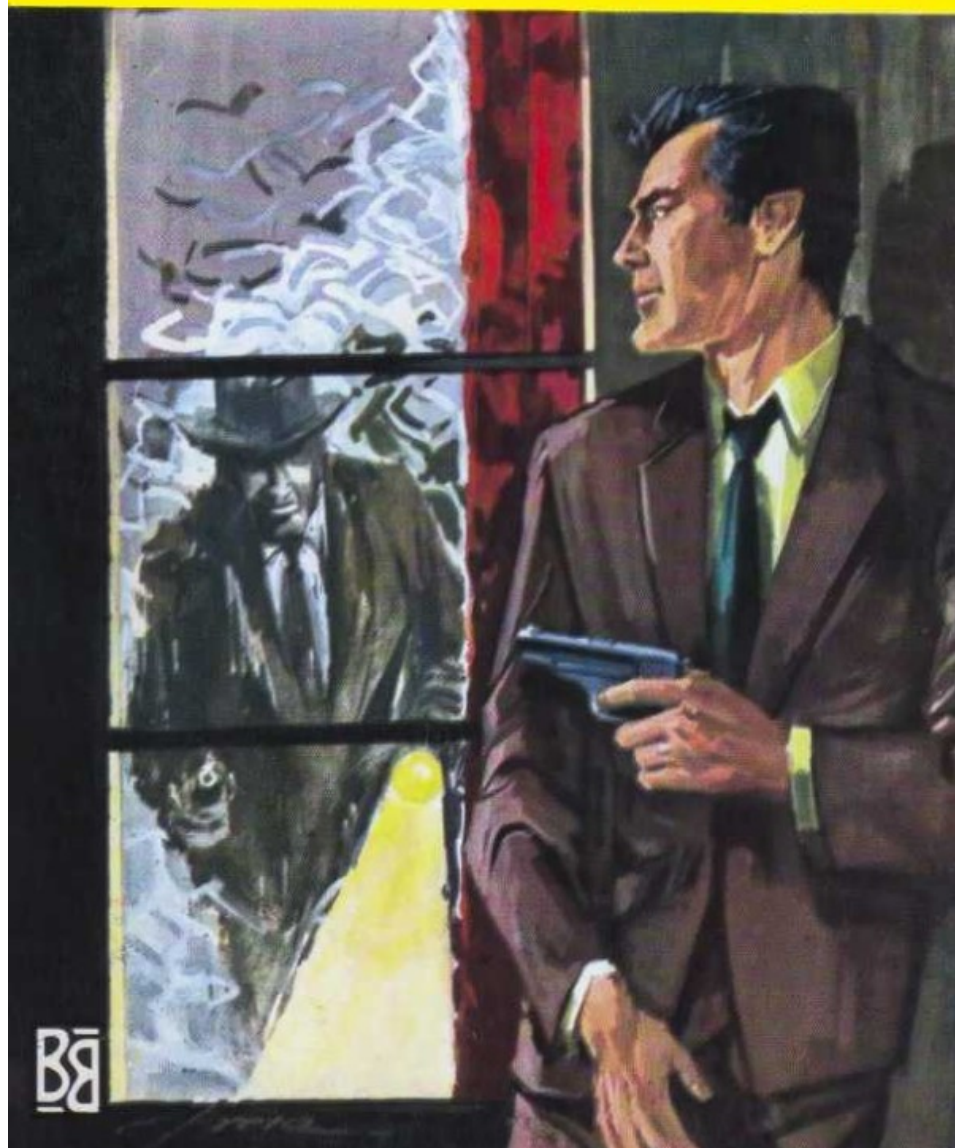


PUNTO
ROJO

miedo en la noche

burton hare



BB

MIEDO EN LA NOCHE





BURTON HARE

MIEDO EN LA NOCHE

Colección PUNTO ROJO n.º 284

Publicación semanal

Aparece los SABADOS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

**BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTA
MEXICO
RIO DE JANEIRO**



Depósito Legal B 1045-1966

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: marzo 1966

© BURTON HARE-1966

sobre el texto literario

© MIGUEL GARCIA-1966

sobre la cubierta

© COSTA Y ALTAMIRA-1966

sobre las ilustraciones interiores

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1966

N. R. 207/66

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL**

En Colección PUNTO ROJO:

199 — La mujer fantasma.

En Colección SERVICIO SECRETO:

813 — Contabilidad sangrienta.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

102 — Crimen sin criminal.

CAPÍTULO PRIMERO

—No empiece a ponerme dificultades, Bellamy —rezongó el productor, mirándome de mala manera—. Lida es una muchacha excelente, solo que está inquieta por alguna razón que no quiere confesar. Yo diría que está “confundida”, ¿comprende?

—No —dije.

Soltó un bufido.

—Pues está bastante claro, incluso para inteligencias mediocres como la suya, Bellamy. Estoy seguro que Lida tiene algún problema que la inquieta, la “tortura”, usted sabe, y le impide concentrarse de lleno en su trabajo.

—Todos tenemos problemas en estos tiempos —dije, aburrido—. Incluso usted, supongo, y no por eso corremos en pos de un detective privado para que nos tranquilice, cobrándonos cien dólares diarios, más gastos, más una gratificación si el caso entraña riesgo, más...

—¡Cállese!

—Okey.

Reinó un silencio. Los ojillos codiciosos de Hilary Jenks, el dios todopoderoso de Hollywood, me taladraron como barrenos. Luego gruñó:

—Es usted un bastardo tan grande como los estudios de la “Metro”, Bellamy.

—Ya me lo han dicho otras veces.

—Pero es un bastardo necesario en la “industria”. Tan necesario como las cámaras, los focos y los “platós”. Pero no se pase de listo conmigo o le barreré de Hollywood tan completamente como si jamás hubiera pasado por aquí.

—Eso también me lo han dicho otras veces. ¿Qué tal si me habla ahora del problema que “tortura” a su estrella predilecta?

—¡Dios santo! ¿Qué cree que estoy tratando de hacer desde que ha entrado usted en este despacho?

Le sonreí, con humildad bien estudiada. Bufó, carraspeó, y a través de la lumbre que despedían sus ojos pude ver todo el resplandor del infierno.

—Está bien —dijo finalmente—. Tenemos un contrato con Lida por dos años y cinco películas. Actualmente, ha empezado a rodar la primera de ellas, una superproducción con un presupuesto de sesenta millones de dólares. Pero esa chica está fallando... si es que me comprende.

—No le comprendo.

—¡Maldita sea! ¿Es usted tan idiota como parece o intenta sacarme de mis casillas? Lida es la estrella ideal para esa clase de obras, lo ha

demonstrado en otras ocasiones. No tiene nada en la cabeza, pero físicamente es una bomba, usted lo sabe. Todo lo que se le exige es que muestre sus encantos y ponga un poco de voluntad en su trabajo. Bueno, ella muestra sus encantos más de lo que se le pide, pero a la hora de “rodar” está completamente abstraída, ensimismada, y en cualquier “parlamento” de tres frases hay que repetir la escena diez veces para obtener un resultado mediocre.

—Tal vez es todo lo que puede dar de sí con su reducido intelecto, ¿no le parece?

—Otro comentario como este, Bellamy, y le arrojaré por la ventana.

—Adelante, patrón.

—No hay duda que está preocupada, tanto que no puede pensar en nada más que en su problema, incluso cuando está ante las cámaras. Quiero que averigüe usted cuál es su problema y lo haga desaparecer de su vida. ¿Está claro?

—Nada más que eso, ¿eh? —comenté con burla—. Por casualidad, ¿le ha preguntado a ella qué le preocupa?

—¡Oh, seguro que lo he hecho! Pero se cierra en su actitud de diosa ofendida y no suelta prenda.

—¿Y cree usted que se confesará a mí?

—Usted ha trabajado para ella un par de veces. Tengo entendido que la sacó de un apuro endiablado, hace cosa de un año. Eso hará que le tenga cierta confianza. Y si no logra sacarle la verdad, investigue usted hasta descubrirla. Para eso le pago.

—Okey, supongamos que descubro algo capaz de desencadenar un escándalo. ¿Qué hago entonces?

—Informarme y después cerrar el pico. Yo lo solucionaré. No me importa qué medios se utilicen para devolver la tranquilidad a esa chica, Bellamy. Ella representa una inversión de una montaña de dólares tan alta como el Everest y no voy a arriesgarme. Y ahora, largo de aquí y empiece a ganarse mi dinero.

Encendí un cigarrillo y seguí sosteniéndole la mirada durante unos segundos.

—¿Sabe usted, Jenks? —dije lentamente—. A veces, cuando me aburro y deseo dormir para dejar de aburrirme, leo algunas de esas revistas idiotas que cantan las glorias de la gente del cine. Siempre me producen sueño... o náuseas. Bueno, recuerdo haber leído algo respecto al último romance de Lida Tamara, “El Cuerpo”. ¿Qué hay de eso? Puede que sus preocupaciones tengan su origen en esa aventura romántica.

—Pamplinas. Está comprometida con Malville Faulks, un hombre cuarentón cargado de millones. Él está completamente chiflado por Lida, de manera que por ese lado no hay dificultad.

—¿Aprueba la productora ese romance?

—Por completo. Sabemos que no interferirá el contrato que tiene firmado con nosotros.

—Ya veo.

—¿Tiene más preguntas que formular, Bellamy, o va a largarse de una vez para que yo pueda trabajar?

Me levanté, aplasté el cigarrillo en su cenicero de plata y le obsequié con otra de mis deslumbrantes sonrisas.

—No sabía que trabajase usted —le espeté—. Imaginaba que se limitaba a permanecer sentado sobre su trasero, vociferando órdenes que nadie entendía y...

—¡Largo!

—Veré a Lida ahora, si no está trabajando.

—Hágalo.

Salí del regio despacho. La secretaria número uno levantó la cabeza un segundo para verme partir. Había otras, naturalmente, como corresponde a una organización peliculera que se respete, cada una de ellas con una categoría muy bien definida y distinta, pero todas con ciertos rasgos comunes; una carrocería de lujo, una mirada despectiva para todo aquel que no fuera de productor para arriba, y un desprecio casi olímpico por los detectives privados que tantos quebraderos de cabeza procuraban a su amo de vez en cuando.

Fuera, caía un sol de plomo bañando de cegadora luz la plazoleta frontera al gran edificio de la dirección. Las calles de los estudios aparecían desiertas y las grandes naves de rodaje cerradas. Pero yo sabía que dentro de ellas latía una actividad de colmena bien organizada.

Anduve hacia las oficinas de trabajo buscando los lugares sombreados. Un hombrecillo pálido, calvo y de rostro amargado me atendió tan pronto le dije que bajaba de la guarida del lobo.

—¿Cómo está míster Jenks esta mañana? —quiso saber, antes de entrar en materia.

—Me ha parecido bastante domesticado. Solo me ha insultado tres veces durante todo el tiempo.

—Ya veo... ¿Qué puedo hacer por usted, míster Bellamy?

—Necesito saber en qué “plató” está “rodando” Lida Tamara. De parte del Gran Jefe, ya sabe...

—Creo que han terminado las primeras “tomas” hace apenas unos minutos. Vaya al bar. Encontrará a Millet y él podrá indicarle. Ya conoce usted a Millet, ¿no es cierto?

—Seguro. Gracias.

El bar estaba muy concurrido. Cualquier estudiante de historia se hubiera vuelto loco allí dentro a causa de la mezcla de épocas, atuendos y personajes. Había individuos con armaduras de hojalata, de una Edad Media más o menos de opereta. Otros, con atuendo de mosquetero; algún

que otro piel roja y fieros *cowboys* con su “Colt” 45 colgando muy bajo en la cadera...

Me abrí paso por entre la vociferante masa y localicé a Millet sentado solo ante una mesita apartada, en un rincón. Estaba devorando un gran emparedado y tenía ante él una botella de cerveza abierta.

Así que fui a sentarme en la otra silla libre y dije:

—Hola, Millet; el patrón quiere que haga un trabajo para él.

—Ya lo sé. Lida Tamara. Lo trae de cabeza.

—¿Hay alguna cosa que ignores de este manicomio, muchacho?

—Demasiadas. Pide algo de beber si piensas darme la lata mucho rato.

Tomé la botella de cerveza y bebí un trago directamente de ella.

—Con eso me conformo —aseguré—. Háblame de Lida. ¿Qué le pasa?

—Nadie lo sabe. Tal vez ni ella misma. Está loca, ya sabes... Todas esas damas son iguales. Un cuerpo bien moldeado, una cara angelical, unos grandes ojos y mucho “sexy”. Pero con la cabeza vacía.

—Estás amargado, ¿eh?

—Lucho para no acabar tan loco como la mayoría. Pero solo soy un ayudante de dirección y no puedo hacer mucho para escapar a mi destino. ¿Te ha hablado “él” del millonario?

—Solo me ha dicho que está loco por ella.

—Eso es decir poco.

—¿Lo conoces?

—Solo lo he visto un par de veces, pero es suficiente para saber a qué atenerme. Esa fulana le ha vuelto el seso al revés.

—Según parece, ese Faulks está cubierto de millones...

—Seguro. No da un paso sin su “Rolls-Royce” de quince mil dólares y su chófer galoneado... Está podrido de dinero. ¿Por qué crees que ella le ha echado la zarpa?

—Ya veo.

—Bueno, ahora pregúntale a Lida por qué está al borde de un ataque de histeria, y por qué se empeña en que él no lo note. Anda, pregúntale...

—Voy a preguntárselo tan pronto me digas dónde está ahora.

—En el camerino, encerrada bajo siete llaves. Y sola. Te apuesto que la encuentras llorando.

—Si no está llorando vendré a cobrarte la apuesta.

Vacíé el resto de la cerveza y levantándome me despedí del gruñón ayudante de dirección.

El camino hasta el cubil donde parecía haberse guarecido la estrella estaba erizado de obstáculos en forma de empleados, guardianes y secretarias. Solo la mención del nombre que allí era *tabú* despejó la ruta hasta el camerino, cuya puerta comprobé que estaba cerrada por dentro.

De manera que di un par de golpes sobre la madera y esperé.

Hubo un murmullo de sedas y unos pasos indecisos.

—¿Quién está ahí? —inquirió la voz de Lida.

—Keith Bellamy. ¿Te acuerdas de mí, Lida?

—¡Keith!

Se abrió la puerta y ella se quedó mirándome con una expresión estática en su bello rostro.

—¿Puedo entrar?

—¡Oh, sí, claro que sí!

Entré y ella cerró la puerta con llave otra vez.

Era una muchacha de unos veinticinco años, alta y vibrante. Un busto proyectado hacia adelante tensaba la corta blusa que anudaba sobre su estómago. Vestía unos pantalones ceñidos a la piel, negros y mates, que moldeaban sus magníficas piernas.

Estaba ante el ídolo de todos los jovenzuelos del país y se suponía que yo debía estar emocionado.

Pero no lo estaba.

Sus cabellos negros, artísticamente despeinados, aureolaban una cara hermosa e incitante que de tanto aparecer en las portadas de las revistas era ya familiar a medio mundo, una cara de piel fresca y tersa, adornada con grandes y profundos ojos color verde oscuro. En su boca, siempre húmeda y tentadora, había un leve rictus de arrogancia que desentonaba del resto del conjunto.

—Siéntate —murmuró—. No te quedes ahí, mirándome como uno de esos papanatas que piden autógrafos.

Encendí un cigarrillo. Ella revoloteó a mi alrededor para alcanzar la butaca instalada delante del tocador, y al sentarse en ella me miró a través del espejo.

—Supongo que es Hilary Jenks quien te ha mandado venir, Keith.

—Está muy preocupado por ti.

—Está preocupado por su inversión —rectificó—. Personalmente, le importo un pepino. Es un ave fría.

—Sea como sea, está preocupado. Y es quien tiene la llave de la caja fuerte, así que aquí estoy. ¿Qué te preocupa, encanto?

—Nada, Keith. Todo son figuraciones de esa pandilla de idiotas que se creen inteligentes...

—Cambia de disco, nena. Jenks será tan bastardo como quieras pintarlo, pero no es tonto. Si lo fuera no hubiera podido alcanzar la cumbre. ¿Es que ya no confías en mí? Te di pruebas de mi discreción hace algún tiempo, Lida. No creo que lo hayas olvidado.

—No se trata de eso, Keith...

—¿Quizá se trata de tu Romeo millonario?

—¿Malville? No, desde luego que no. Él es un encanto.

—¿Tiene realmente tantos millones?

—Sí.

—Bueno, cuéntame, querida.

—No es nada que tú puedas solucionar, Keith...

—No hay nada en Hollywood que yo no pueda solucionar —reí, mientras le pasaba la mano por la suavidad de su cabello—. Por lo menos, eso dijiste cuando terminé con tu problema, hace un año. Yo sigo siendo el mismo.

—Esto de ahora es distinto.

—Entonces reconoces que hay un problema.

—Sí.

—Está bien, te escucho.

Sus ojos se encontraron con los míos a través del espejo. Hubo una mirada brillante en los suyos, como un chispazo de decisión. Luego se apagó y sus labios me sonrieron.

—Supongo que si no te lo cuento yo, escarbarás por tu cuenta hasta averiguarlo, ¿no es cierto, querido?

—Por supuesto. Me pagan para librarte de tu embrollo, sea de la clase que sea.

—Ya lo imaginaba...

—Recuerda que estás ante el desfacedor de entuertos más caro de todo el país. Le estás costando dinero a tu productor en estos momentos, así que no desperdicies mucho tiempo. Entre paréntesis, linda; déjame decirte que sigues siendo la mujer más hermosa de cuantas pisan este corrompido pueblo.

—Eres el hombre más encantadoramente loco de cuantos he conocido, Keith. Podría quererte sin dificultad...

—Si tuviera una docena de millones para respaldar mi encanto —la interrumpí, riendo—. Y ahora háblame de tus preocupaciones, ¿quieres?

—No recuerdo si te hablé de Harry cuando trabajaste para mí...

—¿Qué Harry?

—Grant —rechinó los dientes salvajemente—. Harry Grant.

—No lo hiciste. ¿Quién es?

—Un podrido hijo de perra —espetó entre dientes.

—Deberías cuidar tu lenguaje, querida —reí—. Te expones a no poder contener una de esas frases en pleno rodaje y...

—Déjate de bromas, por favor. Harry es mi exesposo número uno y único, hasta la fecha. Me casé con él hace cosa de dos años o poco más. La cosa duró exactamente dos meses y tres días.

—Bueno, ¿dónde está la dificultad?

Como si no me hubiese oído prosiguió:

—La boda tuvo efecto en Méjico. Luego, cuando descubrí la clase de bicho rastroero que era, lo mandé al infierno y pedí uno de esos divorcios rápidos. Conseguí los documentos y olvidé el asunto.

—Así de fácil, ¿eh?

—Eso creí yo. Él consiguió anular la demanda de alguna manera.

—Lo cual significa que sigue siendo tu esposo legal número uno y único.

—Eso es.

—Ya veo.

—No creo que comprendas lo que eso representa en la actualidad. Cuando me casé con él, yo no era nada en el cine todavía. Hace poco más de un año que comencé a despuntar. Bueno, ahora soy una estrella, gano muchísimo dinero y voy a casarme con Malville, que posee una de las fortunas más grandes del país. Y justamente ahora ha aparecido Harry esgrimiendo sus derechos conyugales y...

Se interrumpió. Soltó un gruñido de disgusto. Había tenido que tropezar con uno de los casos del tipo que menos me gustaban.

—¿Qué quiere tu Harry, reanudar su vida amorosa contigo o sangrarte la bolsa?

—Ya puedes imaginarlo. Dice que está dispuesto a concederme la separación rápida y discreta... mediante una gratificación. En caso contrario informará a Malville y armará tal escándalo que mi carrera habrá terminado definitivamente.

—El viejo truco. ¿Qué piensas hacer?

—No lo sé. ¡Oh, Keith, estoy confundida, asustada! Harry es malo, despreciable... capaz de todo. Me hundirá, ¿comprendes? Es peligroso como un escorpión.

—Bueno, a los escorpiones se les puede aplastar la cabeza y dejan de ser peligrosos. ¿Piensas pagarle?

—Le pagaría si tuviera la seguridad absoluta de que dejaría de importunarme, pero no creo que lo haga.

—A menos que yo pueda convencerlo, ¿no es cierto, querida?

Me miró con nueva luz en su mirada.

—¿Crees que podrías hacerlo, cariño?

—Puedo intentarlo. ¿Cuánto dinero pide para esfumarse de tu pasado?

Desvió la mirada y se estremeció.

—Medio millón de dólares, Keith —susurró.

Pegué un respingo. ¡Quinientos mil pavos!

—Ese tipo está barrenado, linda. ¿Tienes tú tanto dinero?

—Sí. Cobré una parte de mi contrato al iniciar el rodaje de esta película. Pero si le pago me quedo sin nada... No puedo exigir el cobro de la segunda cantidad hasta dentro de seis meses.

—¿Cuánto estarías dispuesta a pagar para librarte de Harry?

Titubeó. Siguió rehuyendo mi mirada.

—No sé, Keith... Quizá veinte mil dólares sería una buena suma...

—Opino que es demasiado, pero veré qué opina él. ¿Dónde puedo encontrarlo?

—Me dio su dirección —murmuró rechinando los dientes—. Eso te

demostrará lo seguro que está de sí mismo.

—Veremos de qué le sirve su seguridad.

—Es el dos mil cuatrocientos cincuenta y uno de Camel Road. Dijo que era un *bungalow* pequeño... pero muy “discreto”.

—De manera que es de esa clase... —refunfuñé—. Iré a verlo. Otra cosa más, linda; ¿sabe tu millonario que existe Harry Grant?

—Malville está enterado que estuve casada con Harry hace más de dos años, pero cree que nos divorciamos... Como lo creía yo también.

—¿Y crees que el saber la verdad le haría cambiar sus sentimientos hacia ti?

—¡Oh, estoy segura! Malville es maravilloso, pero con ideas un tanto anticuadas, muy rígidas... ¡Qué sé yo lo que podría imaginarse!

—Está bien, pequeña, puedes confiar en tu papáito —dije, dando por terminado el diálogo—. Ya nos veremos.

Se levantó de un salto, cortándome el paso.

—Keith...

—Tranquilízate, Lida...

—Eres el mejor hombre que he conocido.

—Ya lo sé. Solo que mi cuenta corriente suele estar anémica la mayor parte del tiempo.

Empinándose sobre las puntas de sus pies, acercó su rostro al mío y me besó. No fue un beso pasional, pero mis labios acusaron el impacto y casi me tambaleé.

—No vuelvas a hacer eso —rezongué—. Un tipo como yo tiene un límite de resistencia, ¿sabes?

Repitió el beso y luego me empujó hacia la puerta.

—Vuelve pronto, querido —murmuró.

Me encontré en el pasillo sin darme cuenta. ¡Demonios con la estrella!

CAPÍTULO II

El *bungalow* era realmente discreto. Rodeado de un extenso jardín en el que destacaba una gran piscina, estaba protegido de miradas indiscretas por un seto de más de dos metros de altura. Por detrás del seto, una peligrosa alambrada aseguraba cierta inmunidad ante los merodeadores.

Por fuera, el *bungalow* no se diferenciaba en mucho de los que pueblan esa parte de las colinas. Pero por dentro la cosa resultaba muy distinta.

La primera impresión que producía era de estupor. Luego, uno comenzaba a pensar que alguien se había vuelto loco y dado rienda suelta a sus lucubraciones predilectas.

Los pies se hundían en un mar de peludas alfombras color rosa. Las paredes eran de un blanco inmaculado y el techo negro. Y blancos eran los muebles, y negros los cortinajes, y manchas de colores delirantes los cuadros, y negro el inmenso diván cama situado en el centro de la sala.

Cuando salí a flote de mi estupefacción, pude concentrar la mirada sobre el poseedor de aquel delirante manicomio.

Harry Grant era un tipo robusto, de grandes hombros y cabellos tan negros como los cortinajes. Los llevaba tan largos que faltaba poco para que se le desparramaran sobre los hombros. Tenía un rostro de querubín, con hermosos ojos oscuros de rizadas pestañas. Sus dientes blancos lanzaban destellos que iluminaban la mueca sardónica de sus labios casi femeninos.

Todo un ejemplar.

Estaba sentado en un ángulo del enorme diván, fumando un largo cigarrillo negro y mirándome con toda la burla de que era capaz. Y su capacidad burlona era gigantesca.

Acurrucada en el suelo, sobre la alfombra en la que se hundía, había una muchacha muy joven que al entrar me produjo la impresión de completa desnudez. Después aprecié el precario “dos piezas” rosado con que intentaba cubrirse.

Habría cumplido recientemente los veinte años, calculé apresuradamente. Su cara era todo un poema angelical de inocencia y virtud, pero esas dos cualidades quedaban desmentidas por el ardiente brillo de sus ojos cargados de pasión y experiencia. Lucía una piel fresca, tostada por el sol, dorada y brillante. Tenía piernas largas y exquisitas y era tan hermosa que daba vértigo. Se me antojó una linda pantera acurrucada y a punto de saltar sobre su presa.

—Así que usted es Keith Bellamy —dijo el tipo. Y dio la sensación de

que pronunciaba una palabra sucia.

—Y usted Harry Grant —repliqué fastidiado—. El tipo listo que piensa embolsarse medio millón para empezar.

Se rio sin entusiasmo.

—¿Sabe usted? Me preguntaba a quién mandaría mi adorada esposa para asustarme. Opino que debió elegir a otro más...

—Conmigo le sobra —le atajé—. Lida no piensa pagarle a usted esa suma ni mucho menos. Por otra parte, no he venido aquí para negociar con una sucia sanguijuela. Solo quiero advertirle, Grant. Una advertencia amistosa... por el momento.

—Es usted un tipo divertido. Siga.

—Deje en paz a Lida y no obstaculice más su divorcio de usted. En caso contrario va a pasarlo muy mal. Estamos en Hollywood, por si no lo sabía, lumbrera. Y aquí es peligroso poner en peligro a la “industria”, ¿sabe?

—Lida no es la “industria”. Apenas una estrella de segunda fila.

—Pero que representa una inversión de millones. Usted tiene un físico impresionante bajo el que esconde su podrida mente. Alguien puede tener la idea de estropearlo... con lo cual su manera de vivir tendría que cambiar. Ninguna estúpida daría un centavo por su compañía.

Se enderezó un poco, solo un poco. Me miró fijo y comprendí que empezaba a enfurecerse.

Pero fue la muchacha quien susurró:

—¿Cómo dejas que te insulte así, amorcito? ¡Aplástalo! Puedes hacerlo con una sola mano, cariñito... ¿O no puedes?

Miré a la tigresa de veintidós años. Le sonreí con toda la boca.

—Siga así y alguien le dará unos azotes, nena —advertí—. Aunque pensándolo bien, tal vez le gustase. ¿Qué dice usted, Grant?

—Puede volver junto a mi adorada mujercita y decirle que sigo manteniendo las mismas condiciones. Pero adviértale que si continúa oponiendo dificultades en la forma de un fisgón llamado Bellamy aumentaré la cantidad en doscientos cincuenta mil *machacantes* más.

—Veinte mil es el límite, Grant. Tómelo o déjelo.

—Lo dejo, naturalmente —se echó a reír estrepitosamente—. Voy a embolsarme medio millón, ni un centavo menos. Dígaselo así a su estrella. Y los quiero antes de veinticuatro horas o su nuevo romance sabrá que ella sigue estando legalmente casada conmigo, sin posibilidad alguna de obtener la separación, lo cual le convertirá a él en el hazmerreír de todas las revistas de chismes de Hollywood.

—Muy bien, usted se lo ha buscado —gruñí, girando sobre los talones, desconcertado y esforzándome por disimularlo.

Pero él me atajó antes que pudiera llegar a la puerta.

—¡Un momento, fisgón! —exclamó.

—¿Sí?

—Recuérdale también a su linda propietaria que todavía conservo sus fotografías. Valen más de medio millón, ¿sabe? Pero no soy codicioso. Se las regalaré cuando me pague. Una especie de obsequio para su boda...

—Ya veo.

La muchacha dijo:

—¿No vas a pegarle, amor? Te ha insultado...

—¡Cállate!

Ella se encogió de hombros. Estuve mirándola un buen rato. Era una delicia para los ojos, pero me produjo estremecimientos.

Como despedida dije:

—Lo siento por usted, Grant... Será lastimoso que su belleza afeminada se vaya al diablo.

—Espere un minuto.

Se levantó lánguidamente y avanzó hacia mí. Estuve observándole hasta que se detuvo a menos de un paso.

—Me ha amenazado por dos veces, fisgón —advirtió—. No me molesta por eso, solo me da lástima. Pero pienso que debe llevarse el convencimiento de que es peligroso intentar asustarme...

Su puño derecho voló de abajo arriba. Si llega a alcanzarme me arranca la cabeza.

Pero yo había estado esperando algo semejante, de manera que pude desviarlo fácilmente con la izquierda. Simultáneamente, le descargué un trallazo a la cara que le incrustó la nariz en alguna parte remota.

Titubeé entre tumbarlo definitivamente de un trastrozo en el cuello o dejarle tal como estaba. Fue un error esa vacilación, porque, apenas sin enderezarse, me clavó un puño como un jamón en el estómago con tanta fuerza que me sentí morir.

Salí trastabillando hasta tropezar con la pared. Él vino detrás de mí, inseguro sobre sus piernas, pero con toda la maldad del infierno desbordándose de sus pupilas.

Me cazó bajo el mentón y mi cabeza rebotó contra el muro. Salí dando tumbos, huyendo de sus implacables puños y tratando de serenarme.

Entre el chorro de sangre que brotaba de su nariz rota, barbotó una serie de maldiciones con voz nasal. Me detuve al fin apoyándome en el respaldo del diván negro y le esperé.

Vi cómo preparaba el siguiente golpe, midiéndolo para acabar conmigo de una vez. Se entretuvo demasiado y cuando lo disparó conseguí esquivarlo con relativa facilidad, de manera que el mismo impulso que había puesto en el mazazo le acercó a mí completamente indefenso.

Solo tuve que levantar la rodilla y él mismo vino a incrustarse en ella. Soltó un chillido agónico, doblándose, y esta vez no vacilé. Puse el resto de mis energías en el golpe final. Conseguí acertarle en medio de los ojos, tirándolo de espaldas y dejándolo sobre la alfombra con los brazos abiertos

en cruz y completamente fuera de combate.

Sentí cierta inconfesable satisfacción al ver cómo la sangre que seguía brotando de sus narices echaba a perder la alfombra. Iba a costarle una pequeña fortuna devolverle su impecable apariencia.

Detrás de mí, la tigresa salió de su estupor y rompió a aplaudir como si acabase de asistir a un espectáculo apasionante. Me encaré con ella sintiendo grandes tentaciones de darle una buena azotaina.

—¡Magnífico! —gritó—. Hacía tiempo que no me divertía tanto. No creía que hubiera nadie capaz de vencer a Harry...

Rodeé el diván. Me apoderé de una botella de *whisky* que había sobre la mesita y bebí largamente de ella.

—Me llamo Judith —runroneó la tigresa.

—Cierre el pico.

—Keith Bellamy. He oído hablar de usted.

—Yo también.

—Un hombre rudo —prosiguió como si hablara consigo misma—. El último recurso de Hollywood...

Giré sobre mis talones, dominando el dolor de mi estómago y las náuseas que comenzaban a martirizarme. Anduve hacia la puerta, pero ella corrió detrás de mí y me detuvo sujetándome por el brazo.

—Usted y yo deberíamos conocernos mejor, Keith.

—Conozco de usted casi todo, hermana —sentencié, mirándola de arriba abajo.

—¡Oh, no sabe nada de nada!

La aparté de una sacudida.

—Es mejor que dedique su tiempo a cuidar de su amorcito. Creo que cuando despierte no va a estar de muy buen humor.

La dejé allí, runroneando como una gatita satisfecha, y regresé al coche convencido de haberme portado como un estúpido. Una vez más, me había dejado llevar de mis sentimientos personales. Si seguía así tendría que cambiar de oficio.

Conduje con precaución porque no me fiaba de mis reflejos. El estómago continuaba dando saltos de carnero y tan pronto lo sentía en la garganta como en la planta de los pies.

Pensé que debía cambiar impresiones con Lida, de manera que viajé hasta los estudios, pero allí me dijeron que había terminado el trabajo poco antes y se había marchado.

Rezongué, disgustado, y fui en busca de Hilary Jenks.

Ya era hora de demostrarle que estaba ganándome su dinero a costa de mi integridad física.

CAPÍTULO III

—De manera que se trata de eso —bufó el magnate, después de escucharme.

Asentí con un gesto. Hilary Jenks permaneció unos segundos dominado por el furor y el asombro. Después masculló con voz sorda:

—Y ese bastardo pide quinientos mil dólares.

—Ni uno menos.

—¿Cree usted que es capaz de llevar el chantaje hasta sus últimas consecuencias?

—Sin la menor duda. Es un cínico redomado, sin escrúpulos de ninguna especie.

—Debe existir una manera de librarnos de él, Bellamy. Usted debe saber cómo hacerlo...

—¿Qué quiere, que le corte el cuello?

—Eso sería magnífico —estalló—. Incluso podría nombrarle a usted socio de esta empresa como recompensa... ¿Eso es cuanto se le ocurre?

—He empezado el trabajo hace apenas unas horas. En ese tiempo no he podido hacer casi nada todavía, solo establecer los primeros contactos con el enemigo, para expresarlo en términos bélicos. Esta noche pondré en práctica el recurso número dos. Opino que debemos tratar de asustar a ese hijo de perra lo bastante como para que empiece a pensar que es peligroso lo que intenta, ¿comprende?

—Desde luego lo es —rezongó entre dientes—. No estoy dispuesto a dejarle hundir a nuestra estrella con tanta facilidad.

—Eso sería muy malo para usted, ¿eh?

—¿Malo? Usted es gracioso, Bellamy... a veces. Nos costaría tantos millones que nuestra empresa se tambalearía. No quiero ni pensar en lo que los accionistas mayoritarios harían conmigo por no haberlo evitado a tiempo.

—Eso es cuanto le preocupa, por lo que veo.

—¿Y qué otra cosa puede ser? —estalló, rojo de ira—. ¿Quiere que me preocupe por esa cabeza loca? Fue ella la que se casó con ese individuo, no yo. Y también fue ella la que se dejó engañar con la separación que no se llevó a cabo. ¡Oh, al diablo con Lida Tamara! Es el contrato lo que me vuelve loco, y lo que ese contrato representa. Estamos trabajando intensivamente sobre sus próximas películas, y tenemos que realizarlas en un plazo de dos años. ¿Creo que puedo ocuparme de Lida por sus estupideces?

—No se excite o le dará un ataque. ¿Puedo confiar en que me respaldará si llego demasiado lejos y Harry Grant se querella contra mí?

—¿De qué está hablando?

—Voy a visitarlo un par o tres de veces más. En cada una de ella me mostraré más rudo, para decirlo de alguna manera. Pero existe el riesgo de que se canse de recibir y presente una denuncia contra mí por agresión. ¿Está claro?

—¡Pero, hombre, Bellamy! ¿Cree usted que será capaz de acudir a las autoridades, estando él mismo intentando un chantaje semejante?

—Grant no es ningún imbécil —sentencié—. Él sabe muy bien que ni usted ni Lida serán capaces de denunciar la extorsión. Eso sería tirar de la manta y hacer público lo que precisamente tienen empeño en mantener secreto.

—Ya veo...

—¿Y bien, qué decide?

Farfulló un rotundo juramento. Luego gruñó:

—Le respaldaré hasta donde me sea posible.

—Eso no me tranquiliza en absoluto. ¿Sí o no?

—¡Está bien, maldito sea! —gritó—. Pondré todo nuestro departamento legal detrás de usted. ¿Qué más quiere?

—Con eso es suficiente para mí. ¿Piensa decirle a Lida que ya conoce el origen de sus preocupaciones?

—Por el momento no. Opino que eso la pondría más nerviosa todavía, y tiene que seguir “rodando” para mantener el programa de trabajo.

—Eso es cuanto quería saber —dije, levantándome—. Quizá mañana por la mañana pueda darle mejores noticias.

—La mejor noticia que podría usted traerme, sería que ese bastardo está metido en un ataúd y enterrado a tal profundidad que no pudiera ser sacado ni con una excavadora mecánica.

—¿Muerto? —reí.

—O vivo, lo mismo da. Pero enterrado, maldito sea. Y ahora lárguese con mil demonios y gánese el dinero, Bellamy.

—¿Y qué cree que estoy haciendo?

Llegué a la puerta, pero antes que pudiera abrirla el magnate refunfuñó:

—¿Dónde ha dicho que vive ese individuo?

—En el dos, cuatro, cinco uno de Camel Road.

—Ya veo... Se permite el lujo de vivir en un distrito residencial, por lo que parece...

—Debería ver usted el interior de su casa —comenté—. Tal vez le inspirase algunas ideas para la decoración de esas películas suciorealistas que acostumbra producir...

—¡Fuera de aquí, físgón!

Salí, riendo. Hube de recorrer una vez más toda la escala de valores

secratariales hasta verme de nuevo en el patio del estudio. Anocheía, el calor se había vuelto pegajoso y mi humor estaba en su grado más bajo, a pesar de haberlo disimulado delante del productor.

Me dije que no iba a ser fácil convencer a Grant, ni siquiera empleando los métodos más duros. El tipo sabía perfectamente que su situación era sólida como una roca, y los quinientos mil dólares eran un espejuelo demasiado poderoso para renunciar a ellos.

Atravesé la verja de los estudios ante la mirada aburrida del guardián con uniforme de opereta. Mientras tanto, iba reflexionando sin cesar. Llegué a la conclusión de que el amigo Grant no era un chantajista vulgar. Ni siquiera podía considerarse un profesional, si uno se detenía a pensar en ello.

Un extorsionador profesional jamás hubiera iniciado un asunto como ese con una cantidad tan fabulosa. Habría empezado por unos miles, solo para ver cómo respondía su víctima. Después, ya le quedaría tiempo para aumentar sus peticiones hasta sangrar por completo a su víctima, pero sin ponerla entre la espada y la pared...

Había que pensar más extensamente sobre eso. O mi experiencia no servía para nada, o detrás del chantaje había algo más complicado.

Solo el tiempo podría aclarármelo, pensé.

Al llegar a la casa de Lida Tamara maniobré como un experto en la pequeña plazoleta con firme de cemento. Pero me distraje y por muy poco no me llevé un parterre de flores por delante.

Mis ojos habían caído sobre una visión reluciente que hacía honor a su estirpe. Un conglomerado de acero, cromados y neumáticos que valía quince mil dólares como mínimo, y que ocupaba, orgulloso, el lugar que le correspondía justo frente a la puerta de entrada.

El "Rolls-Royce" último modelo parecía haber sido fabricado para uno de esos reyezuelos de cuyo país se extrae el petróleo a chorros, para mayor gloria y fortuna de la familia real exclusivamente. Nunca había visto un coche semejante.

También el chófer que se paseaba a su lado era digno de figurar en una antología automovilística; alto y delgado, iba enfundado en un delicioso uniforme gris perla, cuajado de galones dorados. Llevaba la gorra con la inclinación adecuada a su alta posición, y la mirada que me dirigió me hizo sentir un alarmante complejo de inferioridad.

Afortunadamente, se desentendió de mí y pude llamar a la puerta antes que empezara a arrastrarme por el suelo.

Una doncella con todos los atributos necesarios para dejar de serlo abrió la puerta, mirándome impasible.

—Dígale a Lida que Keith Bellamy está aquí —dije.

—Tiene una importante visita. No creo que pueda recibirle, por lo menos esta noche.

—Pregúntele a ella y verá cómo se lleva una sorpresa.

Se fue y yo encendí un cigarrillo. Poco después, la linda sirvienta regresó con la misma expresión impasible en la cara.

—Pase usted.

Me llevó a una pequeña biblioteca que yo ya conocía. Un año antes había estado en ella durante una larga tarde. Di un vistazo a mi alrededor y me pareció que los libros no se habían movido una pulgada, como si nadie se hubiera preocupado de leer ninguno de ellos. Tampoco debían haber añadido ni quitado uno solo...

—¿No has pedido esperar a mañana, Keith?

Me volví. La estrella vestía un traje de noche sin hombros, ceñido y adecuado para una cita con un futuro marido cargado de millones.

—He querido hablar contigo antes de esta noche, Lida... No me gusta la manera cómo se desarrollan las cosas.

—¿Has visto a Harry?

—Seguro. No hemos simpatizado precisamente. ¿Cómo pudiste perder la cabeza por un mequetrefe como él?

—No hablemos de eso. Fui una estúpida, eso es todo. Toda mujer tiene derecho a equivocarse una vez en su vida.

—¿Aunque después quede un Harry Grant detrás?

Hizo un gesto de fastidio. La contemplé a placer y me pareció cansada e inquieta.

—¿Está ahí tu Romeo?

—Por favor, Keith.

—Está bien; he puesto la primera piedra para un edificio que todavía no sé cómo resultará, una vez terminado. Esta noche voy a colocar la segunda, a golpes seguramente. Pero hay algo que me preocupa, Lida.

—No te comprendo.

—No me dijiste toda la verdad esta tarde.

—¡Keith! ¿Cómo te atreves...?

—¿Qué fotografías son las que Grant posee?

Fue como si acabase de recibir una bofetada. Palideció y luchó para conseguir una serenidad que había huido de ella.

—¡Keith...! —su voz fue casi un sollozo.

—El propio Grant me ha hablado de eso. Es un hueso muy duro, y al parecer esas fotos le ayudan a fortalecer su posición.

—No quiero hablar ahora de eso. Malville está aquí... Por favor, Keith.

—¿Puede hacerte mucho daño con esas fotos? —insistí.

—Sí...

—¿Tan sucias son?

Irguió la cabeza por primera vez, desafiante.

—No son lo que tú imaginas.

—Entonces, aclárame mis dudas. He de saber el terreno que piso si no

quiero estrellarme.

—Pero yo no te he pedido que intervengas... Escúchame, dile a Harry que le pagaré... Le daré el dinero que quiere a cambio de mi libertad y de las fotografías. Malville...

Aspiré hondo para contenerme.

—De manera que te rindes, ¿eh? —rezongué—. ¿Crees que te dejará en paz después de haberse embolsado tu dinero? Te pedirá más, y más y más, hasta dejarte sin un centavo. ¿Es eso lo que quieres?

—No lo hará...

—¡Claro que hará eso!

—¡Te digo que no! —se dio cuenta que había levantado demasiado la voz y murmuró—: Por favor, Keith, díselo. Sé que no podrá pedirme más.

—Está bien... Pero luego no vengas a llorar a mi regazo, cuando te sangre.

—Compréndelo, Keith... Si Malville supiera lo que me sucede se pondría furioso... Tal vez lo perdería y...

—Okey, ese es tu punto de vista. Pero no olvides que es Hilary Jenks quien me ha contratado, no tú. Ahora, vuelve al lado de tu romántico enamorado y diviértete. Yo he de ganarme mis honorarios todavía.

Me encaminé a la salida de la biblioteca. Abrí la puerta de golpe, furiosamente, y di de narices contra una pechera almidonada con botones que eran grandes diamantes.

Me detuve en seco, mirando, al hombre que me cerraba el paso.

Era un tipo que había dejado atrás los cuarenta años, pero su apariencia era impresionante. Podía competir ventajosamente con todos esos galanes maduros que Hollywood ha encumbrado. Era alto y macizo, con un rostro aristocrático que parecía tallado a golpes de cincel. Lucía una espesa cabellera oscura con las sienes plateadas, y vestía el *smoking* con la misma desenvoltura que yo un cómodo terno de verano.

—No me gusta su manera de hablarle a una dama —me espetó, rechinando los dientes—. No he podido entender casi nada de lo que han estado hablando, pero intuyo que estás en alguna dificultad, corazón... ¿Puedo ayudarte?

Lo dijo con sencillez, con esa seguridad que infunde el saber que uno puedo permitirse cualquier cosa que se le ocurra.

—No, Malville... —balbuceó Lida—. Keith ya se iba...

—Tengo derecho a estar a tu lado en todos tus apuros. ¿Quién es ese... tipo?

Su manera de designarme sonó como un bofetón en pleno rostro.

Lida murmuró:

—Se llama Keith Bellamy... Trabaja para la productora, a las órdenes de Hilary Jenks.

—Bueno, pero eso no le da derecho a gritarte. ¿Qué es lo que pretende?

—Malville...

El hombrón avanzó hasta colocarse al lado de la muñeca, a la que rodeó los hombros con un brazo, protectoramente. Comprendí que Lida se encontraba en un atolladero. Una vez más, me porté como un idiota y dije:

—La productora tiene interés en variar algunas cláusulas del contrato, eso es todo.

Los ojos del millonario relampaguearon.

—¿Y por eso acude usted al hogar de Lida, para acosarla? ¡Lárguese de aquí o le arrojaré por la ventana yo mismo!

—Está bien, tómelo con calma...

Los grandes ojos de la muchacha trataron de expresarme su agradecimiento. Miré una vez más al autoritario individuo. Pensé que cualquiera puede dar órdenes a gritos, con un puñado de millones en los que apoyarlas...

De manera que acabé de salir de la biblioteca y me largué. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Pero me consideré a mí mismo un pobre tipo. O cambiaba de carácter, o de trabajo. Por segunda vez en un mismo día me había dejado dominar por mis sentimientos personales...

Mal negocio.

CAPÍTULO IV

Detuve el coche a alguna distancia del “bungalow”. Encendí un cigarrillo y desperdicié unos minutos tratando de imaginar una línea de conducta que me permitiese derrumbar la coraza de Harry Grant.

Bueno, había estado pensando en lo mismo las últimas dos horas, sin poderlo olvidar ni siquiera el tiempo que invertí en cenar en un restaurante del centro. Al igual que entonces, tampoco en ese nuevo intento obtuve mejor resultado. Tendría que enfrentar la situación por el camino directo.

Anduve hacia la entrada del jardín, por la acera y bajo el alto seto. Iba a ser difícil que accediera a recibirme de nuevo, después de nuestra pelea, pero estaba dispuesto a entrar aunque fuera saltando la reja de entrada.

Al verla advertí que no tendría necesidad de saltarla porque estaba abierta, lo mismo que en mi anterior visita. O era muy descuidado, o excesivamente confiado.

Acabé de empujar el batiente metálico, pero no entré. Me detuve en seco al escuchar los apresurados pasos que corrían en mi dirección.

La muchacha apareció de repente, como si hubiera brotado de la oscuridad. Jadeaba, y corría tan alocadamente como si la persiguieran todos los diablos del infierno.

Primero pensé que era la misma que conociera allí por la tarde, la que dijo llamarse Judith, pero cuando la tuve más cerca comprendí que me había equivocado.

La que tenía delante era un par de años mayor que aquella, tan hermosa como ella y con el mismo cuerpo desarrollado y de largas piernas que Hollywood parece haber impuesto a la actual generación.

Llegó a la salida y no me vio hasta que le cerré el paso.

—¿Tiene mucha prisa para llegar a alguna parte, encanto? —dije, tratando de no asustarla.

Profirió un grito de espanto, titubeó un instante, pero sin detenerse, y acabó lanzándose contra mí como una gacela loca.

Tuve que dar un salto de costado para evitar la embestida. Ella pasó por mi lado como una centella, gimoteando. Intenté sujetarla alargando vivamente la mano con tanta rapidez que por una fracción de segundo sentí su manga resbalar entre mis dedos. Luego estos se cerraron sobre una tira de cuero y hubo un violento tirón, cuando ella se desprendió y siguió huyendo calle abajo.

Estupefacto, perdí unos instantes preciosos contemplando el pequeño

bolso que había quedado entre mis manos. Tenía la correa rota y era de piel negra y brillante.

Cuando eché a correr a mi vez tras la fugitiva, ella ya doblaba la primera esquina. No obstante, me lancé en su persecución intrigado por su desespero.

Pero antes de llegar a la esquina supe que había fracasado. Un motor lanzó un rugido, brutalmente acelerado, y un coche se alejó entre el chillar de los neumáticos.

Todo lo que pude ver del auto fueron las rojas luces de cola, antes que desaparecieran en la distancia.

Pensativo, volví sobre mis pasos y entré al jardín sin abandonar el pequeño bolso negro. Quizá Harry Grant pudiera explicar la razón por la cual una muchacha tan hermosa había escapado de él como del demonio.

Había luz en el gran ventanal que ocupaba casi toda la pared delantera. Su resplandor arrancaba brillantes reflejos del agua de la piscina y sirvió para guiarme hasta la puerta.

Y ante ella fue donde comencé a preocuparme, porque también estaba abierta de par en par. No obstante, golpeé un par de veces para anunciar mi presencia, aunque sin obtener respuesta alguna.

De manera que me decidí a entrar, recorriendo la distancia que me separaba de la habitación delirante en que había estado por la tarde, y cuyas luces eran las únicas encendidas.

A primera vista, todo seguía igual, excepto que la hermosa tigresa llamada Judith no estaba a la vista. Pero sí el cuerpo de Harry Grant tumbado sobre la alfombra, ensuciándola con su sangre, casi exactamente igual que cuando yo lo había derribado.

Casi, solamente.

Porque la sangre con que había echado a perder la alfombra esta segunda vez no le había brotado de la rota nariz, sino del boquete abierto en su frente por una bala que alguien había tenido el acierto de clavarle en la nuca.

Lo examiné sin tocarlo, convencíendome de que el arma con que le habían disparado no estaba a la vista. Lo que quedaba de su frente no era agradable de mirar, no obstante me fijé en el destrozo para comprobar que la sangre apenas si empezaba a cuajarse. Debía hacer muy poco tiempo que lo habían dejado seco.

Cuando me aparté de él mi estómago no estaba muy seguro debido al nauseabundo espectáculo. Entonces advertí que todavía llevaba el bolso en la mano. Lo doblé para guardarlo en el bolsillo.

Sobre la mesita había la botella de excelente *whisky*. Pensé que necesitaba un estimulante, así que, envolviéndome la mano con el pañuelo, la levanté y bebí un buen trago. Tras esto me sentí mucho mejor.

Traté de olvidarme de la presencia del cadáver al iniciar un rápido

registro del salón. Como ya suponía, no encontré nada de interés. No era aquel el mejor lugar para esconder nada de valor.

El resto de la casa daba la sensación de que no solía ser utilizado muy a menudo. Todo aparecía descuidado y polvoriento, excepto un pequeño dormitorio, en cuyo armario descubrí una buena colección de trajes de todos los estilos.

También en ese dormitorio, al lado del armario, había una caja fuerte empotrada en el muro. Era pequeña, de puerta circular y aspecto sólido.

Hice unas intencionas con los cilindros, pero pronto me convencí que aquella lata de sardinas era muy superior a las que yo había logrado abrir algunas veces. No obstante, lo que yo buscaba debía estar dentro de ella casi con toda seguridad, lo cuál era tanto como un desafío.

Volví al salón y registré el cadáver. Si tenía una de esas libretitas donde se apuntan números de teléfono y cosas así no pude encontrarla, de manera que decidí echar mano de los recursos heroicos.

Descolgué el teléfono, protegiéndome la mano con el pañuelo, y marqué el número de un tugurio de esos que jamás figuran en las guías turísticas. Al tercer timbrado, una voz chirriante gruñó:

—Hable.

—¿Está Shikoski por ahí? Es importante.

—¿Quién le llama?

—Keith. Eso será suficiente si añade que tengo cien *pavos* para él.

—Aguarde. ¿Ha dicho cien?

—Ni uno más ni uno menos.

—Veré si está ahí.

No dudé que lo encontraría. Conocía muy bien la precavida mecánica que gobernaba aquella cueva.

Poco después, la voz enfurruñada de mi hombre inquirió:

—¿Cómo se llama usted, además de Keith?

—Bellamy. Y mi otro apellido es “cien *pavos*”.

—Es una buena recomendación. ¿Qué debo hacer para ganármelos?

—Un trabajo sencillo. Toma un taxi y ven a reunirme conmigo frente al número 2452 de Camel Road. Me encontrarás en la acera.

—¿Dónde está esa calle?

—No voy a darte más explicaciones por teléfono. El taxista lo sabrá. Tienes media hora para llegar aquí.

—Cuenta conmigo, Keith.

Colgué, apagué la luz del salón y salí al jardín. Me senté en la oscuridad, cerca de la piscina, y fumé un par de cigarrillos pensando en esto y aquello. Me dije que alguien no había tenido paciencia con Harry Grant. Solo con que me hubiesen dejado un poco más de tiempo...

Veinticinco minutos más tarde, un taxi pasó despacio rozando la acera y fue a detenerse casi al final del seto. Esperé a que el pasajero se hubiese

apreado antes de ponerme en movimiento.

Shikoski era un individuo que rozaba los dos metros de estatura, y tan delgado que parecía increíble que se sostuviera sobre sus largas piernas. La piel del rostro se le adhería a los puros huesos dándole una lamentable expresión momificada, cosa muy comprensible si se tenía en cuenta que se alimentaba casi exclusivamente de *whisky* de infame calidad.

—Sígueme y no hables —le ordené, guiándole hasta el interior del *bungalow*.

Lo llevé directamente al dormitorio para evitar que viera el cadáver. Una vez dentro y tras cerrar la puerta encendí la luz. Entonces dije:

—Echa un vistazo a esa lata de conservas, compadre.

Se acercó a la caja y sus ojos brillaron de entusiasmo.

—¡Magnífica! —exclamó—. ¿Quiere que la abra?

—Para eso te he hecho venir.

—Hace tiempo que no practico, usted sabe; los “polis” me la tienen jurada. Pero despanzurrar una joya como esta es un asunto de amor propio. ¿Cien *machacantes*?

—Ese es el precio. ¿Cuánto tiempo crees que vas a necesitar?

—No más de media hora si no nos interrumpen.

—Tranquilo, Shikoski. El propietario de la casa ha emprendido un largo viaje y no vendrá a interrumpirnos.

Frotóse las manos con energía. Después sacó un delicado instrumento del bolsillo y se aplicó un extremo del mismo a un oído. Hecho esto, rebuscó en todos los demás bolsillos del traje hasta encontrar un trozo de sucio algodón, con el que taponó su otra oreja.

—Encárguese de vigilar, Keith —susurró—. A partir de ahora solo podré oír los sonidos de la caja.

Le dejé trabajar en paz. Sus sensitivos dedos comenzaron a manejar los cilindros, mientras con la mano izquierda sostenía el otro extremo del instrumento contra el metal.

Poco a poco, mis nervios fueron atirantándose. La idea de que teníamos un cadáver peligrosamente cerca, y de que la policía pudiera recibir cualquier aviso del criminal solo para poner en marcha el caso y envolverme en él, zumbaba de continuo en mi mente como un molesto abejorro.

Pasaron los minutos, lentos y exasperantes. La suave respiración del experto ladrón delataba una calma asombrosa, solo posible en un hombre que careciera por completo de nervios.

Sentí grandes tentaciones de fumar, pero me contuve porque el humo y el olor del tabaco podrían inducir a Shikoski a fumar también, cosa que nos haría perder un tiempo precioso.

Veintiocho minutos más tarde, cuando comenzaba a mordirme las uñas de nerviosismo, un largo suspiro del hábil individuo me hizo dar un

respingo.

—¿Ya está? —pregunté, excitado.

—Un minuto...

Me coloqué detrás de él para evitar que metiera la mano cuando cediese la portezuela. Pero el larguirucho había decidido comportarse honestamente y se apartó a un lado cuando terminó su tarea.

—Valía la pena hacerlo solo para satisfacción propia —murmuró, sudoroso—. Orgullo profesional, si es que puede entenderlo.

—Perfecto, Shikoski; eres un artista.

—Le advierto que es la primera lata de este tipo con la que trabajo. Y estaba desentrenado...

El interior del arca era más espacioso de lo que cabía suponer. Encontré como diez o doce sobres cerrados, cada uno de ellos con un nombre escrito a máquina. Me apresuré a meterlos en mi bolsillo. Una nueva exploración me hizo dueño de un respetable fajo de billetes, cuya vista hizo soltar un gemido a Shikoski.

—¿Qué va usted a hacer con esa *pasta*, patrón? —suspiró, anhelante.

—Dejarla donde estaba, de manera que no te pongas nervioso.

No había nada más allí dentro, de manera que, tras depositar de nuevo el dinero dentro cerré la puerta y le hice una seña a mi ayudante.

—Vuelve a dejar los cilindros como estaban, viejo.

Lo hizo a regañadientes, furioso por desperdiciar el paquete de billetes que quedaba encerrado allí.

—Ahora podemos largarnos —decidí—. Y por si se te ocurre volver después para repetir tus habilidades, voy a enseñarte algo...

—Dejar ese dinero aquí es un insulto para un profesional como yo.

—Quizá...

Le obligué a detenerse a la entrada del salón y encendí la luz.

—Ahora, mira lo que hay aquí y eso te hará comprender que te conviene no regresar esta noche.

Pareció perder estatura.

—¡Madre mía! —casi sollozó—. ¡Un *tieso*!

—Ajá. Vamos, larguémonos de una vez.

Tuve que sujetarlo para que no saliera corriendo. Ya en el jardín refunfuñó:

—Es usted un bastardo, Keith. ¡Dejarme “trabajar” sin advertirme que tenía un fiambre en los talones...!

—¿Hubieras hecho el “trabajo” si lo hubieses sabido?

—¡No, maldita sea!

—Ahí tienes la razón por la cual he callado.

Subió al coche como un sonámbulo, todavía temblando.

—Nunca me han gustado los cadáveres, usted sabe... ¡Me horroriza la sangre!

—Ya sé que eres un tipo delicado...

Me alejé de aquellos alrededores conteniendo a duras penas las ansias de hundir el acelerador hasta el fondo. Llevábamos unos minutos de marcha cuando Shikoski quiso saber:

—¿Lo ha *despachado* usted?

—No.

—No es que me importe mucho —agregó—. Cada uno se gana la vida como puede, ¿no?

—Justamente. Ahora deja de hablar tonterías y déjame pensar.

—Oiga, ¿quién era ese tipo? Debía estar *barrenado* para vivir en una casa como esa. ¿Se ha fijado usted en ese salón donde lo han *tronado*?

—Seguro. Era una especie de epicúreo en según qué aspectos.

—¿Una especie de qué? —jadeó.

—Olvidalo. Te dejaré en el centro, donde puedas encontrar un taxi. Yo tengo trabajo todavía.

—¿Y quién piensa que va a pagar esos viajes? Los cien *pavos* son el precio limpio por mi “trabajo”.

—Está bien, añadiré diez más por los traslados.

Detuve el coche en una esquina, le pagué y contemplé cómo se alejaba en la oscuridad como una larga sombra, meciéndose de un lado al otro al andar, igual que si estuviera a punto de desmontarse.

Cuando desapareció puse rumbo a mi apartamento. Estaba impaciente por examinar mi botín.

CAPÍTULO V

El bolso contenía documentos a nombre de Louella Alkin. Las pequeñas fotografías de los mismos mostraban a una muchacha de singular hermosura, cabello negro y rizado y grandes ojos inocentes.

El resto del contenido carecía de interés. Eran todas esas chucherías que las mujeres acostumbran llevar en el bolso, pero me sirvieron para catalogar a su propietaria, por lo menos a lo que se refería a sus posibilidades económicas. Tanto el diminuto encendedor como el estuche de maquillaje eran de oro macizo y tenían grabadas sus iniciales.

Dejando todo esto de lado, saqué los sobres del bolsillo y leí los nombres que ostentaban. Ninguno de ellos era conocido para mí, excepto el de Lida, y ese fue el primer sobre que abrí.

Había cinco fotografías de pequeño tamaño en su interior, pero todas maravillosamente claras. La imagen de Lida Tamara totalmente desnuda saltó a mis ojos como un impacto físico, en sus cinco posturas distintas, propias de uno de esos calendarios que las autoridades de Correos prohíben repartir en sus valijas.

Comencé a comprender las intenciones de Harry Grant. Cualquier editor de esa clase de calendarios habría dado una fortuna por semejante material. Eso hubiera sido suficiente para acabar con la carrera de Lida de un solo golpe.

Ni siquiera quise abrir los demás sobres. Fui a la cocina y los quemé uno por uno hasta reducirlos a cenizas. Después esparcí estas y respiré con cierto alivio.

Solo guardé las fotografías de Lida. Ella sería feliz pudiendo destruirlas personalmente. Pero antes de acostarme las encerré en mi propia caja fuerte, confiando en que ningún imitador de Shikoski vendría a probar sus habilidades a mi costa.

A la mañana siguiente salí en busca de los periódicos, pero tal como ya suponía, ninguno de ellos hablaba del crimen. O no había sido descubierto todavía, o la noticia no había podido alcanzar las ediciones de la noche.

Desayuné en la cafetería de costumbre, leí las informaciones de primera plana y después anduve en busca del coche. Estaba intrigado por aquella muchacha cuyo bolso estaba en mi poder, pero antes de decidirme a hacer nada al respecto debía entrevistarme con Hilary Jenks. Imaginé que estaría muy satisfecho del desarrollo de los acontecimientos. La muerte de Grant le había librado de un buen dolor de cabeza.

Pasé de secretaria en secretaria con una celeridad que demostraba el

interés que el magnate tenía por verme. La última del escalafón se dignó abandonar su asiento unos instantes para acompañarme a la puerta de su patrón, cosa que no había hecho en mis visitas anteriores.

Jenks estaba sentado detrás de su enorme escritorio en forma de riñón, Tenía el ceño fruncido y una mirada glacial en sus fríos ojos.

—Si tiene algo bueno que decir, siéntese —me espetó—. De lo contrario mejor será que vaya preparándose a...

—Harry Grant está muerto —dije con indiferencia.

—Bueno, no me interrumpa cuan... ¿Qué?

Me hundí en la confortable butaca y encendí un cigarrillo con perfecta calma. El gran hombre jadeó como un fuelle por efecto de la impresión recibida.

—Repítalo —gruñó.

—Alguien le metió una bala en la nuca. Lo hizo desde demasiado cerca y el proyectil salió por la frente. Algo repugnante que...

—¿Está seguro que murió?

—A menos que alguien pueda vivir con la mitad de los sesos esparcidos por la alfombra color de rosa, sí.

—¡A veces siento violentas tentaciones de apretarle el cuello! ¿Seguro que ese cadáver de que hablaba era el de Grant?

—Por supuesto.

Echándose hacia atrás, suspiró como una foca satisfecha.

—Realmente, Bellamy, es una buena noticia. ¿Cuándo sucedió eso?

—Anoche. Poco antes de las diez.

—No le pregunto si fue usted quien disparó... ¿O fue en defensa propia?

—No me paga usted suficiente para liquidar a la gente. No; cuando yo llegué ya estaba quedándose frío.

—¿Avisó a la policía?

—¿Yo? —esbocé una mueca antes de agregar—: ¿Debí haberlo hecho, patrón?

—Ya veo...

—Ahora ya no debe preocuparse por su estrella exclusiva. Para ella también han terminado los problemas. Podrá casarse con su saco de millones y trabajar en sus cinco películas sin que nadie venga a turbar su paz espiritual.

Se enderezó un poco, frunció el entrecejo y sus ojos se clavaron en mí como dos dardos.

—No me gusta su manera de decirlo, Bellamy. ¿Qué demonios está cociéndose en su retorcida mente?

—Nada. Absolutamente nada. Esta tarde le enviaré mi nota de gastos y honorarios. He tenido que hacer algunos despilfarros para llegar hasta el resultado final.

—No pierda el tiempo redactando fantásticas notas de gastos —rezongó,

satisfecho—. Voy a extenderle un cheque ahora mismo por dos mil dólares. Eso cubrirá todo el *whisky* que haya podido beber durante ese trabajo.

—Precisamente el *whisky* fue lo que me resultó gratis, en casa de Harry Grant...

Escribió en el cheque, lo firmó y luego levantó la cabeza, mientras lo sacudía en el aire para secar la tinta.

—Reconozco que es usted un gran auxiliar de la “industria”, Bellamy —rio—. Aunque no haya liquidado a Grant personalmente.

—Alguien lo hizo, de todos modos. El resultado es el mismo.

Me entregó el cheque y se frotó las manos.

—Seguro, alguien lo hizo —siguió riendo, feliz, y añadió—: Pero no me importa quien haya sido. Me hizo un buen favor.

Me levanté tras guardarme el cheque. Ya en pie, dije:

—Desde luego, la muerte de ese tipo ha significado millones para usted, ¿eh?

—Ya se lo dije; una montaña de millones.

—Se han cometido crímenes por mucho menos, como no ignora usted. Me pregunto...

—Haga otro comentario de mal gusto como ese y anularé el pago de ese cheque. ¿Tiene algo más que comunicarme?

—En absoluto. En todo caso, lo haría después de cobrar su generoso talón. Llámeme si alguna vez me necesita, patrón.

—Espero no tener que hacerlo jamás, Bellamy...

Abandoné el edificio de la administración y recorrí la distancia hasta la oficina de rodaje. El mismo hombrecillo de cara triste me atendió.

—La Tamara “rueda” en el “cinco” —dijo, sin darme tiempo a preguntar.

—Gracias. ¿A qué hora ha llegado al estudio?

—Como todos los días de rodaje; a las ocho.

—¿Sola?

—Sí. No acostumbra llevar acompañantes con ella desde que ese tipo del “Rolls-Royce” revolotea a su alrededor.

—Comprendido. ¿Encontraré a Millet en el mismo “plató”?

—Supongo que sí.

La nave número 5 estaba situada casi al final de la calle central de los estudios. La luz roja indicativa de que estaban “rodando” brillaba sobre la puerta, de manera que opté por hacer una visita al bar para matar el tiempo.

Allí fue donde Millet apareció, quince minutos más tarde. Le hice una seña y le espeté:

—Ese trago que acabo de tomarme es a tu cuenta. No la encontré llorando.

—Me sorprendes. Quisa ya había arreglado sus problemas para cuando

tú estuviste hablando con ella...

—Tal vez. ¿Dónde está ahora?

—En su camerino. Tiene media hora de descanso antes de ensayar la próxima “toma”.

—Iré a ver cómo se encuentra esta mañana. ¿Hacemos otra apuesta, Millet? Quizá puedas ganarme un *whisky* al precio del estudio.

—No, gracias. Solo te ruego que no la alteres, ¿eh? si la pones más nerviosa de lo que está de costumbre, vamos a tener que permanecer en el estudio hasta la noche, solo para “rodar” un par de planos.

—La trataré con guante blanco —prometí, antes de salir del bar.

Esta vez, la puerta no estaba cerrada con llave. Ella me autorizó a entrar y la encontré en compañía del maquillador, que estaba retocando su obra con evidente placer.

—¡Oh, eres tú, Keith! —exclamó Lida—. Siéntate. Terminamos en un minuto.

Fueron algunos más, pero esperé, preguntándome qué demonios habría dentro de aquella hermosa cabeza.

Cuando al fin quedamos solos, ella se enfrentó conmigo con una cálida sonrisa en sus labios.

—Te portaste maravillosamente anoche, querido. Fue muy gentil por tu parte decir aquello, aunque Malville se enfureció contra la productora. Quería que presentara una reclamación legal y todo eso. Estaba ansiosa por darte las gracias.

—Olvidalo. No estaba trabajando para ti. ¿Has tenido noticias de Harry Grant?

—Ninguna todavía. ¿Lo viste por segunda vez anoche?

—Sí.

Quedóse esperando algo más, pero al darse cuenta que no había otra aclaración murmuró, inquieta:

—Keith... ¿algo salió mal acaso?

—Depende de cómo se considere el asunto. Para Harry Grant, la cosa ya no pudo salirle peor.

—Bueno...

—Alguien le disparó un balazo en la cabeza.

Respingó en la butaca y el más genuino asombro se reflejó en su hermosa cara. O era sincera en esa emoción, o resultaba mucho mejor actriz de lo que yo creía que era.

—¡Keith! ¿Hablas en serio?

—Jamás bromeo con un asesinato, preciosa.

—Pero... ¡Es tan espantoso!

—¿De veras lo es?

Hubo un evidente reproche en su actitud.

—Ya sé lo que quieres insinuar, pero yo no deseaba nada semejante

para Harry a pesar de todo. Quería librarme de su amenaza, pero nunca me pasó por la imaginación la idea de su muerte.

—Pues no hay duda que a alguien se le ocurrió.

—Me inquietas, querido. ¿Estás pensando en alguna persona determinada?

—Solo generalizo, nena. ¿Le revelaste algo de la verdad a tu enamorado, después que me hube marchado?

—¡Oh, no! ¿Cómo es posible que pienses eso, Keith?

—Dejémoslo, no es asunto que me importe. Acércame ese cenicero de metal...

Desconcertada, tomó el grueso cenicero y lo colocó en un extremo del tocador. Entonces dije con sorna:

—Espero que no te moleste el humo, querida.

Saqué una de las cinco fotografías y le prendí fuego sin dejar que viera de qué se trataba hasta que ya ardía. Entonces la deposité en el cenicero y ella se inclinó hacia adelante para poder verla.

—¡Keith! —gritó, al descubrir la imagen.

—Imagino que Grant te amenazó con darlas a la publicidad...

—Sí... Ya sabes; pensaba editarlas en uno de esos calendarios clandestinos de los que se hacen tiradas fabulosas... ¿Las tienes todas?

—Supongo que sí. Encontré cinco poses distintas, aunque no pude hallar los clisés.

—Esos fueron destruidos...

—Entonces aquí acaban tus quebraderos de cabeza.

Le entregué las otras cuatro fotografías. Ella hizo una mueca y se entretuvo en quemarlas una a una hasta que no quedó de ellas más que un montoncito de pulverizadas cenizas.

—Ahora me siento feliz, querido —suspiró, radiante—. Debí confiar en ti desde el principio, cuando Harry se me presentó por primera vez exigiéndome ese dinero.

—Eso hubiera sido muy inteligente por tu parte. Sin embargo, esta vez le debes la tranquilidad al asesino de Grant, no a mí.

Me levanté, mirándola con la misma confusión de sentimientos que siempre me había inspirado. Ella también abandonó su butaca y se acercó a mí.

—Keith...

—¿Sí, nena?

—Me gustaría pagarte lo que has hecho por mí.

—Hilary Jenks ha pagado ya por mi trabajo. Era él quien me había contratado, no tú.

—Incluso así...

—No me debes nada —levantó la cara y adiviné lo que iba a seguir, de manera que di un paso atrás—. No lo hagas, Lida. La otra vez me pillaste

desprevenido, pero ahora sería distinto. Quizá tu Romeo pagase las consecuencias.

—No lo harías...

Realicé un esfuerzo gigantesco para retroceder otro paso y abrir la puerta de golpe.

—Bésame y comenzaré a pedir socorro, preciosa.

—Lo harías...

—Peor todavía. En ese caso tendrías que ser tú quien pidiese ayuda. Resérvate para tu saco de millones, mientras puedas.

Me alejé como un sonámbulo, dudando entre llamarme idiota o darme de bofetadas por mi estupidez. Detrás de mí, ella empezó a reír suavemente. Luego, al cerrar la puerta, su risa se perdió.

CAPÍTULO VI

A la derecha de la entrada al edificio donde estaba mi oficina había una boca de incendios. Frente a la boca de incendios se había estacionado un coche oscuro desafiando todos los reglamentos municipales.

Había dos hombres sentados en el asiento delantero, y uno de ellos saltó a la acera tan pronto me descubrió. Barrunté dificultades al reconocer al teniente O'Connor.

Estreché su mano cuando se detuvo, cerrándome el paso.

—No me diga que me esperaba a mí, teniente —dije como saludo.

—Es muy difícil de localizar —rezongó—. Hace casi una hora que estamos aquí de plantón.

—A juzgar por su manera de decirlo parece que se trata de algo importante. ¿Tenemos que hablar aquí, o subimos a mi despacho?

—Ni una cosa ni la otra. Va a acompañarme a Jefatura.

—Eso es absurdo —protesté—. ¿Quiere decir que debo considerarme detenido?

—Todavía no. Quizá dependa de usted el que sea encerrado después o no. Vamos.

Me empujó hacia el coche y entró conmigo en el asiento posterior. El policía de paisano que manejaba el volante puso el motor en marcha y metió el auto en medio del tráfico.

—Bueno, suéltelo de una vez —exclamé—. ¿De qué va a acusarme?

—Nadie ha hablado de acusaciones. Se trata de un interrogatorio, eso es todo.

—Pamplinas. Para interrogarme no me llevaría a su guarida. Hubiera podido utilizar mi propio despacho, ya que estábamos allí.

Se encogió de hombros, pero apretó los labios y se negó a pronunciar una palabra más.

Su oficina estaba equipada con una mesa escritorio, un sillón y tres sillas de respaldo recto. Una solitaria lámpara pendía del techo. Había otra sobre la mesa, aparte de algunos papeles con informes.

Era un lugar deprimente.

—Siéntese —gruñó, yendo a hacerlo él en el sillón, al otro lado de la mesa—. He de advertirle que estamos enterados de su negocio con Harry Grant, así que nos evitará muchas molestias si desde el principio no trata de negarlo todo por sistema.

—Todavía no comprendo a dónde quiere llegar. Conocí a Grant ayer. ¿Y qué con eso?

—Mire, para que comprenda la situación, le pondré al corriente de los hechos, ¿conforme?

—Siga.

—Esta mañana, a las nueve, una muchacha ha acudido a casa de Grant. Tenía una cita con él para ir a nadar juntos. Esa chica ha encontrado las puertas abiertas, tanto la del jardín como la de la casa. Y al entrar en esta ha descubierto el cadáver de Harry Grant.

—Todo eso está claro —dije, fingiendo un asombro moderado por la noticia del descubrimiento—. Pero no veo dónde entro yo en el asunto.

—Esa muchacha de que le hablo, es la misma que ayer tarde estaba en compañía de Grant cuando usted fue a visitarlo.

—Ya veo. Judith, si no recuerdo mal.

—Ese es el nombre de la chica.

—Yo la llamo “tigresa”.

—No me venga con chistes. Sabemos que se peleó con Grant hasta dejarlo inconsciente sobre la alfombra. Lo pegó muy duro, aunque ya supongo que sabe eso.

—Creo que le rompí la nariz. Pero no lo maté, si es eso lo que le inquieta.

—No lo mató entonces, pero pudo usted volver.

—Seguro; pude volver catorce veces más, pero no lo hice. ¿Qué más le ha contado esa inocente palomita?

—Entre otras cosas, el motivo por el cual golpeó usted a Grant con tanta violencia.

—Y supongo que eso le habrá dado mucho que pensar, ¿no es cierto, teniente?

—No lo sabe usted bien... En fin, ya ve cómo están las cosas para usted. ¿Va a hablar claro por su propia voluntad, o me verá obligado a olvidar que posee usted una credencial de investigador privado?

—Yo me cuidaré de que no lo olvide —dije con calma—. No tengo ningún inconveniente en revelarles los motivos de mi interés por Harry Grant, O'Connor. Pero no pretenda que le diga también el nombre del cliente que me contrató, porque ahí es dónde se estrellará.

Soltó un bufido de impaciencia.

—Eso queda por ver. Empiece por el motivo del chantaje. Porque según se desprende de las declaraciones de esa muchacha, se trataba de un chantaje, ¿no es cierto, Bellamy?

—Exactamente. La extorsión era una de las fuentes de ingresos de Harry Grant.

—¿Cuál eran las otras?

—¿No se ha fijado usted en su tipo, teniente?

—Ya veo...

—Quizá esa comunicativa Judith pueda informarle de esa faceta del

asunto.

—De momento estoy esperando que me informe usted. Quiero saber la clase de chantaje, cantidad y medios utilizados por Grant, así que déjese de dar rodeos.

—Bueno, se valía de fotografías, ya sabe. La cantidad que exigía era realmente astronómica. Imagino que tendría una selección de candidatos para llenar sus arcas. Sabía valerse de su tipo para embaucar a las mujeres impresionables.

—¿Es su cliente una mujer impresionable también, Bellamy?

—Esta vez le ha fallado el tiro. Fue un hombre quien me contrató, no una mujer. Por lo demás, con la muerte de esa sanguiuela el asunto quedó zanjado para mi cliente.

—En ese caso no tendrá inconveniente en que yo le haga unas preguntas.

—Mire, O'Connor, no empecemos. Usted tiene su puesto y un sueldo más o menos grande todos los meses. Muy bien, es lógico que se lo gane. Pero yo he de vivir a costa de la confianza que depositan en mí los que acuden en busca de ayuda. Si empezara a complicar a mis clientes con todos los asesinatos de la ciudad pronto tendría que cambiar de oficio.

—Podría dedicarse a otro trabajo más decente —refunfuñó—. Pero lo que es esta vez le tengo bien sujeto, Bellamy. Hasta ahora me ha soltado una sarta de embustes. Le he dejado vía libre solo para ver hasta dónde llegaba su desfachatez y usted mismo se ha colocado la soga al cuello.

—Tonterías. Todo lo que le he contado es cierto.

—¡Y un demonio! Para empezar, su cliente es una mujer. Atrévase a negarlo, tipo listo, y le pondré la cara al revés.

—¡Claro que lo niego! ¿De dónde ha sacado esa estúpida idea?

Apretó las mandíbulas con furia, pero se contuvo.

—Usted habló a Grant de que debía acceder a un divorcio rápido y sin trabas, sin exigir un centavo. Le golpeó para darle a entender que la advertencia iba en serio. Bueno, un tipo solo puede haberse casado con una mujer. ¿Es cierto o no?

—Por supuesto.

—Ahí tiene.

—Sin embargo, insisto en que quien me contrató fue un hombre. Y añadiré que es lo bastante importante como para hacerle saltar a usted de ese sillón si le complica la vida.

—Ya me preocuparé de eso cuando llegue el momento. Deme su nombre y todo será más fácil. ¿No comprende que está jugándose usted su licencia? ¡Se trata de un asesinato en primer grado, maldita sea! Estoy convencido que el criminal fue una persona a quién Grant estaba sacándole el dinero y...

—En eso estamos de acuerdo —le interrumpí—. Pero no fue mi cliente.

—Muy bien, Bellamy; se lo ha buscado. Veremos qué tal se encuentra en una de nuestras celdas.

Me encogí de hombros.

—Detención ilegal y arbitraria. Presentaré una demanda que le obligará a agachar las orejas hasta el suelo, sabueso.

Apreté un timbre y esperó. Pero de repente dijo:

—Debería darse cuenta que voy a averiguar la identidad de la mujer que le contrató en menos de dos horas. Solo tengo que buscar el registro de matrimonios, y donde aparezca el nombre de Harry Grant encontraré también el de la dama. Usted podría ahorrarme todo ese papeleo, y ahorrarse la celda al mismo tiempo.

—Se empeña en dar de narices contra una pared, teniente, pero suyas son las narices, de manera que adelante.

Unos golpes en la puerta anunciaron la presencia de un policía de uniforme, que entró con rostro de piedra.

O'Connor le hizo un ademán para que aguardara un poco y luego me ordenó:

—Entrégueme su revólver, Bellamy. Le extenderé un recibo por él.

—¿Cree usted que duermo con las armas en la mano?

—¿Dónde lo tiene?

—En mi oficina, dentro de la caja fuerte.

—Está bien, ya lo comprobaremos más adelante. Lléveselo, Morris. Métalo en la celda de lujo. Es un pájaro importante... según él.

Así fue cómo me desvalijaron de cuanto llevaba encima, sin dejarme ni el tabaco. Después me encerraron entre rejas y allí me quedé, contemplando melancólicamente el estrecho pasillo.

CAPÍTULO VII

Durante el día ingresaron otros detenidos en las distintas celdas que se extendían a lo largo del pasillo. Apenas les presté atención por cuanto todos pertenecían al tipo acostumbrado a esos trotes, con más años de encierro que de libertad en su haber.

Solo cuando anochecía las cosas comenzaron a moverse para mí.

Un guardia se acercó haciendo tintinear las llaves, abrió la puerta de mi celda y gruñó:

—Andando, amigo; alguien quiere verle.

—¿Quién, el teniente O'Connor?

—No haga preguntas.

Me condujo a un despacho de ventanas enrejadas. Allí me esperaba un hombrecillo diminuto, calvo y con gruesos lentes de carey cabalgando sobre su gruesa nariz. Vestía como un figurín y sostenía una brillante cartera en la mano.

A su lado, casi aplastándolo con su mole, el teniente O'Connor permanecía rígido, aunque con una burlona expresión en la cara.

—Me llamo Phelan —anunció el hombrecillo—. Soy abogado y acabo de obtener su libertad, míster Bellamy. Recoja sus cosas. Le esperaré hasta que salga de aquí sin impedimento alguno.

Deslizó su parrafada con voz monótona y suave, bien timbrada. Miré al teniente y este esbozó una mueca de burlona afirmación.

—Esa es una gran noticia —dije—. ¿Le han puesto muchas dificultades?

El picapleitos sonrió, condescendiente.

—No han podido oponer dificultades. No tenían razón legal alguna para mantenerle detenido.

—Eso ya lo sabía yo. Detención ilegal, atropello de mis derechos de ciudadano... Vaya pensando en una demanda contra el Estado, míster Phelan.

Me devolvieron mis pertenencias, que repartí por los bolsillos, y antes de largarme de allí me volví hacia el silencioso O'Connor y le espeté:

—Si yo estuviera en su lugar, teniente, empezaría a ocuparme de la tigresa... ¿No se llama Judith? Quizá sabe muchas más cosas de las que le ha dicho.

—Sí, quizá... A propósito, Bellamy; ya sabemos con quién se casó Harry Grant.

Contuve el respingo de sorpresa y conseguí mirarle con frialdad.

—Supongo que eso le hará feliz.

—A mí sí, pero no a ella. Para una estrella cinematográfica, es muy mala esa clase de publicidad.

A mi lado, el abogado rebulló, indignado, y advirtió al teniente:

—Tenga mucho cuidado, oficial, o sería la primera vez que el departamento de policía se viera enfrentado a una demanda por difamación y libelo. No olvide que estamos en Hollywood y aquí las cosas son distintas al resto de las ciudades.

—Gracias por advertírmelo, abogado.

A pesar de su sonrisa de superioridad, pude darme cuenta que O'Connor no estaba tan satisfecho como quería aparentar. Lo dejamos allí, refunfuñando, y nos largamos sin perder más tiempo.

En la calle, el abogado tenía un “Cadillac” con chófer esperando.

—Puedo llevarle hasta su domicilio, míster Bellamy. Creo que no es necesario que le diga quién se ha interesado por su libertad...

—Hilary Jenks, ¿no es así?

—En efecto. Estaba bastante preocupado por usted.

—Eso me entenece...

—Él está ansioso por cambiar impresiones con usted. Quizá prefiere que le lleve primero a su domicilio privado.

—Al mío.

—Me refería al de míster Jenks.

—Yo iré a verlo cuando me haya quitado de encima el tufo a celda. Lléveme a casa.

Le di la dirección al chófer y el gran coche se puso en movimiento. Entonces quise saber:

—¿Cómo ha averiguado el patrón que yo estaba en dificultades?

—Ese policía ha interrogado a Lida Tamara... Naturalmente, míster Jenks se ha ocupado de que ella estuviera debidamente asesorada por mí. Ha sido en el curso del interrogatorio que el teniente nos ha informado que le retenía a usted.

—Ya veo. ¿Qué ha declarado Lida?

—Nada substancial. Vaguedades que no han satisfecho al teniente.

—O'Connor es muy difícil de satisfacer. Pero es un buen policía. No se dará por vencido con facilidad. Lo malo es que puede desencadenar un escándalo incluso sin proponérselo...

—Tengo la impresión que no lo hará —rio el hombrecillo—. Entre míster Jenks y yo mismo le hemos dado a entender los perjuicios que una acción precipitada podría reportarle. Eso hará que sea muy cuidadoso.

—Quizá.

—¿No es usted de la misma opinión?

—Mi opinión no cuenta para nada, pero temo que han cometido ustedes un error de bulto. Esa clase de amenazas, en un hombre como el teniente O'Connor, pueden servirle de estímulo, casi como un desafío.

No me respondió, pero quedóse muy preocupado con esa idea. Poco después llegamos a mi domicilio y nos despedimos. El “Cadillac” se alejó majestuosamente y yo entré en el edificio, inquieto contra mi voluntad por lo que O’Connor pudiera provocar con Lida.

Me dije que estaba portándome como un cadete. Yo estaba fuera del caso. Había cobrado mis honorarios y razonablemente se suponía que ya solo debía ocuparme de que la policía no me metiera en otro lío.

Cuando llegué arriba escuché el timbre del teléfono de mi apartamento llamando con insistencia. Abrí rápidamente y me precipité al interior.

—¡Habla Bellamy! —exclamé.

—¡Keith! Al fin te encuentro. ¡Estaba tan desesperada...!

—¡Lida! ¿Qué sucede ahora?

—¡Es horrible, querido!

—Bueno, bueno, conserva la calma, nena. Ya sé que la policía ha estado importunándote, pero no creo que debas inquietarte por eso.

—¡No comprendes! —casi gimió antes de añadir—: No se trata de la policía. Eso lo ha solucionado el abogado de la productora.

—Muy bien, entonces dime qué es eso tan terrible —dije animadamente, para infundirle la calma de que carecía.

—Hay otro, Keith.

—¿Otro? —refunfuñé—. ¿Otro qué?

—¡Dios santo! ¿No quieres comprenderlo? ¡Un socio de Harry!

Casi dejé escapar el auricular de la mano. Durante unos segundos, el estupor me dejó mudo. Después articulé:

—No puedo creerlo, nena. Esos bastardos trabajan solos. Nunca se fían de nadie.

—¡Pero es cierto! Me ha llamado por teléfono esta misma tarde. Exige la misma cantidad que pedía Harry. Tiene una copia de las fotografías y un comprador que le da por ellas doscientos mil dólares... ¡Oh, Keith! ¿Qué podemos hacer?

—No lo sé, estoy confundido. ¿Cómo sabes que dice la verdad respecto a las fotografías? Si los clisés fueron destruidos no pueden haber sacado más copias.

—Tal vez las obtuvieron antes de que fueran destruidos.

—Eso es muy problemático.

—¿No pueden sacar copias de las mismas fotografías que tenía Harry?

—Sí, un fotógrafo experto supongo que podría hacerlo... Pero tendría que haberlo hecho con el consentimiento de Grant, y no puedo pensar en ninguna razón válida para que este accediera a una cosa así. Eran unas fotos demasiado valiosas para él.

—Sea como sea, estamos como al principio, Keith...

—Hay algunas diferencias, preciosa. En primer lugar, te has librado de un exmarido muy peligroso, ¿no es así?

—Bueno, es cierto, pero no me gusta la manera que tienes de decirlo.

—Deja ahora de preocuparte por los matices. ¿Cómo y cuándo quiere cobrar ese nuevo bastardo?

—Mañana por la noche. Él volverá a llamarme para indicarme dónde debo hacer entrega del dinero.

—¿Ha exigido billetes pequeños o algo así?

—No.

—Ese es otro detalle sorprendente. Imagina que le pagas en billetes de quinientos dólares, o de mil. El banco guardará la numeración, tratándose de medio millón... No puede ser que estemos tratando con otro chiflado, nena.

—¡Keith, no bromees, por favor!

—¿Estás segura que era voz de hombre?

—Sí... Era una voz profunda y de tono bajo. Monótona, si comprendes lo que quiero decir.

—¿Podía ser la de una mujer que estuviera haciéndose pasar por hombre?

—No lo creo...

—¿Pero no estás segura?

—Bueno, ahora no. Hasta este momento estaba segura que se trataba de un hombre, pero tú has sembrado la duda en mis recuerdos...

—Si fuese una mujer, la cosa no se presentaría tan difícil —refunfuñé, pensando en la tigresa.

—No, Keith. Cuanto más lo pienso menos puedo creerlo. Era una voz demasiado recia... No es posible que una mujer pueda desfigurar su voz hasta ese extremo.

—Te asombrarías de las diabluras que pueden lograrse a través de un teléfono. En fin, olvídalo. ¿Qué es lo que quieres, que me ocupe ahora de ese nuevo pajarraco?

—¡Si pudieras hacerlo, Keith...!

—Lo intentaré, pero estoy en una posición muy resbaladiza con la policía. De todas maneras, hay tiempo para pensar algo hasta mañana noche. Te veré en el estudio, ¿conforme?

—Sí, querido, lo que tú digas.

—¿Cómo está tu Romeo?

—No te gusta Malville, ¿verdad, Keith?

—Me disgustan todos los tipos que están podridos de dinero, eso es todo. Intenta olvidarte del chantajista por esta noche y descansa, nena. Aún tenemos algunas cartas para esta partida.

—Gracias, Keith... Sabía que podía contar contigo.

—Seguro; sigo siendo el “último recurso”. Buenas noches.

Colgué, desconcertado por el nuevo y sorprendente giro del caso. Hube de reconocer que mi experiencia ofrecía muchos agujeros en lo referente a

los chantajistas y eso me puso de peor humor todavía.

Me desnudé rápidamente para darme una ducha y después volví a vestirme con ropa limpia. Era sorprendente la manera cómo aparecían clientes en los últimos días. De seguir así mi liquidación de impuestos ascendería como un cohete.

Fui en busca del coche y durante el trayecto me dediqué a pensar en mi nuevo objetivo: Louella Alkin.

CAPÍTULO VIII

Mi primera visión de la muchacha había sido tan fugaz como un soplo de aire. Lo único que recordaba era que me había parecido grácil y tan bella como la “tigresa” que conociera en compañía de Harry Grant.

Sin embargo, al verla de nuevo, me di cuenta inmediatamente de que mi apreciación había sido un pálido reflejo de lo que era en realidad.

Louella Alkin apenas si habría rebasado los veinte años. Rebosaba atractivo por sus cuatro costados, incluso con su actitud de felina tensión. Poseía una gracia audaz e ingrátida que la convertía en una imagen dorada y burbujeante como el champaña, igual que un soplo de vida pronto a desatarse.

—¿No me recuerda? —pregunté, cuando hubo cerrado la puerta.

Sacudió la cabeza de un lado a otro. Su corta melena rubia osciló. Sus ojos eran dos pozos azules rebosantes de ansiedad.

—Naturalmente, apenas tuvo usted tiempo de verme —añadí con perfecta calma—. Pasó junto a mí como una centella...

Comprendió perfectamente y palideció. Poco a poco a poco, fue retrocediendo hacia el interior del apartamento y solo tuve que seguirla para encontrarme en medio de una salita amueblada con comodidad y buen gusto.

Entonces remaché:

—Además, olvidó su bolso...

Fue el golpe de gracia. Boqueó graciosamente, tratando de pronunciar alguna palabra que no llegó a surgir de sus tentadores labios, y acabó dejándose caer en una butaca como si las piernas se negasen a sostenerla.

—Usted... —balbució finalmente.

—No se asuste, pequeña. No pretendo hacerle ningún daño.

Luchó con el miedo que la dominaba hasta que logró levantar la cabeza y mirarme recto a la cara.

—¿Qué quiere de mí? —susurró.

—Solamente quiero saber qué pasó en casa de Grant. Ya le he dicho que no soy policía, de manera que tranquilícese. No creo que sea usted quien lo mató.

—Yo... no sé nada, se lo juro. No vi al asesino... Ya estaba muerto cuando...

—Primero calme sus nervios. Después podrá contármelo todo por orden a fin de que pueda entenderla. ¿No tiene nada para beber aquí?

—Hay una botella en la cocina...

—Le conviene un trago, preciosa. Y a mí también, dicho sea de paso. ¿Dónde está la cocina?

Se levantó y fue por la botella. La seguí porque no quería sorpresas entonces, pero ella se limitó a sacar hielo del refrigerador, unos vasos y una botella casi llena de *whisky*. Con todo el equipo volvimos a la salita, donde preparé un par de bebidas cargadas.

—Beba eso —dije—, le sentará bien...

Tomó la suya y bebió un par de sorbos sin atreverse a mirarme. Tuve tiempo sobrado de vaciar mi vaso antes de que dejara oír de nuevo su voz.

—Usted ha dicho que se llama Keith Bellamy, pero eso no es suficiente, ¿no cree?

—Veo que empiece a animarse. Soy detective privado, lo que quiere decir que todo lo que usted me revele lo consideraré como confidencial, ¿comprende?

—¿No informará a la policía?

—¿Por qué tendría que hacerlo? A menos, claro está, que fuera usted quien le voló los sesos a Grant.

—¡Oh, Dios, no! —gimió—. No fui yo...

—Muy bien, entonces cuénteme qué sucedió. ¿Qué hacía usted en casa de ese bastardo?

Titubeó todavía. Sus inquietos ojos huyeron de mi escrutinio, pero al fin acabó por mirarme resueltamente y exclamó:

—Se lo diré. Necesito hablar con alguien... Ya no podía soportarlo más... ¡Fue todo tan horrible...!

—Puede confiar en mí, pequeña. La escucho.

—Yo... Harry me debía dinero, ¿comprende?

—No. Y no empiece por la mitad, sino por el principio. Cómo conoció a Grant y todo lo demás.

—De acuerdo, tiene usted razón...

—Es mejor que beba un poco más de esa medicina.

Obedeció mansamente y dejó el vaso por la mitad. Tosió un poco, sus mejillas recobraron algo de color y pareció que volvía a latir la vida en sus hondas pupilas.

—Nos conocimos hace seis meses, en San Diego... Intimamos un poco y luego volvimos a vernos, aquí, cuando yo regresé. Fue entonces que empezamos a salir juntos a menudo. Harry era sumamente atento y agradable cuando le convenía...

—Seguro, era su manera de vivir.

—Eso no lo supe hasta que fue demasiado tarde. Me hizo el amor, juró que iba a casarse conmigo... Creo que fui lo bastante estúpida como para creerlo. Empezamos a hacer planes y Harry dijo que había comprado un *bungalow* que sería nuestro hogar. Me llevó a verlo. Estaba completamente instalado, usted sabe... Me gustó, aunque le dije que cuando nos casásemos

cambiaría aquel horrible salón. Él pretextó que ya lo había adquirido tal como estaba, que el anterior propietario era un tipo raro, y estuvo de acuerdo en cambiarlo.

—Ya veo... Usted no supo que aquel *bungalow* era suyo desde mucho tiempo antes, y que lo utilizaba precisamente para su... digamos "industria".

—Lo averigüé más tarde, cuando ya me había sacado mis ahorros.

—¿Qué pretexto utilizó para desvalijarla?

—Me dijo que debía pagar el último plazo para que la casa fuera "nuestra". No sospeché nada y le entregué el dinero. A partir de entonces todo cambió. Ya puede suponer cómo fueron desarrollándose las cosas...

—Es un viejo truco, lo conozco perfectamente.

—Sí, pero para mí era nuevo. Cuando empecé a sospechar hice algunas averiguaciones y descubrí la clase de canalla que era. Entonces le reclamé mi dinero una y otra vez. No conseguí nada. Y anoche...

Esperé. Era lo que me interesaba, lo que hubiera sucedido la noche fatal en casa de aquel fulano.

Aspiró aire como si estuviera a punto de ahogarse y prosiguió con voz más débil:

—Fui a su casa dispuesta a amenazarle con dar cuenta a la policía si no me devolvía mi dinero. Lo necesitaba, y además, era mío, y Harry me había hecho mucho daño...

—Sé cómo debía sentirse usted.

—Bueno, se puso a gritar y a jurarme que iba a devolverme hasta el último podrido centavo... Se rio de mí, ¿comprende? Y me llamó tonta, y estúpida...

—De manera que cuando usted llegó, Grant estaba vivo.

—¡Oh, sí! Y excitado también. Dijo que iba a cobrar una suma enorme de dinero, que podría devolverme mis ahorros como si fueran una limosna... ¡Me dijo cosas horribles!

—Era un buen hijo de perra, ya lo sé. ¿Qué sucedió después?

—Todo se precipitó cuando oyó la portezuela de aquel coche.

—Recuerde que hemos quedado que hablaría con orden, preciosa.

—¡Pero si lo estoy haciendo! Harry estaba burlándose de mí cuando oímos el golpe de una portezuela al cerrarse. Él se precipitó al ventanal para ver quién llegaba y cuando se volvió estaba más nervioso que hasta entonces...

—¿Vio usted también al tipo que descendió del coche?

—No. Harry me empujó fuera de la sala... Dijo que debía tratar un importante asunto de negocios y que me esperase en otro sitio para que el hombre que llegaba no me viera. Me llevó hasta su dormitorio, me empujó dentro y cerró la puerta con llave.

—¿Está segura que cerró con llave?

—¡Oh, sí! Intenté abrir cuando él se hubo alejado, por eso lo comprobé. Todo sucedió con tanta rapidez, y Harry estaba tan alterado, que no se me ocurrió resistirme hasta que ya fue demasiado tarde y me encontré en el dormitorio.

—Okey, pequeña, siga.

Hubo una corta pausa. Pensé que yo no había visto trazas de que la cerradura del dormitorio hubiera sido forzada, pero aguardé el resto de la explicación antes de adelantar ninguna conjetura.

—Oí gritos, una disputa violenta entre los dos hombres. El desconocido gritaba más que Harry, usted sabe... Parecía furioso y Harry trataba de imponerse.

—¿Pudo entender algo de lo que discutían?

—No, en absoluto. Solo alguna palabra suelta sin sentido alguno. Harry dijo que iba a quedarse con trescientos cincuenta en lugar de la mitad... Eso lo entendí bien, pero casi nada más. También hubo un momento en que dijo algo del dormitorio, por lo que supuse que informó al otro de que yo estaba allí y podía oírlos, ya que a partir de aquel momento dejaron de gritar, pero continuaron discutiendo por lo que pude advertir.

—¿Qué hizo usted entonces?

—Nada. ¿Qué podía hacer? Estaba encerrada en el dormitorio, y no me atreví a saltar por la ventana por si me descubrían. Tuve miedo. Y de repente sonó el estampido. Me pareció que la casa se desplomaba sobre mí al darme cuenta que había sido un disparo.

—Lo comprendo...

—Pasaron unos instantes más. En mis oídos todavía vibraba el terrible estruendo cuando alguien se acercó a la puerta del dormitorio. Sentí tentaciones de chillar... Pero ni siquiera encontré voz para hacerlo. Estaba igual que paralizada... Y para acabar de aterrarme, alguien hizo girar la llave en la cerradura muy despacio, como si quisiera pasar inadvertido... o que yo no me diera cuenta. Pensé que era el que había disparado y que iba a matarme para que no pudiera declarar más tarde a la policía... Creí morir en aquel instante, se lo aseguro.

Asentí con un gesto, asombrado de la manera cómo se habían desarrollado los hechos.

Y la muchacha añadió:

—Después... Bueno, creí ser víctima de una confusión. Los pasos se alejaron de nuevo y todo quedó en silencio, un silencio horrible. No sé cuánto tiempo transcurrió hasta que pude moverme, a mí me pareció una eternidad. Probé a abrir la puerta y esta giró en silencio. Luego...

—Comprendo. Usted volvió al salón y encontró a Grant despatarrado, ¿eh?

—Sí... ¡Sí, lo vi! —gimió, cubriéndose la cara con las manos.

—Bueno, bueno, tómelo con calma. Apure su *whisky*, linda, y se sentirá

mejor.

Mientras lo hacía reflexioné a toda presión.

De manera que era cierto que Grant había tenido un cómplice, un socio que le había volado los sesos a causa de que el ambicioso bastardo había decidido quedarse con trescientos cincuenta mil dólares, en lugar de conformarse con la mitad del medio millón exigido a Lida Tamara...

Esperé hasta que ella se hubo calmado lo suficiente para atender, y entonces pregunté:

—¿Reconocería usted la voz del hombre que gritaba, si pudiera oírla otra vez?

—No lo creo... Llegaba hasta mí desfigurada, alterada por la violencia de su tono. Además, entre la voz y yo estaba la puerta y la distancia, usted sabe... No, no creo que pudiera reconocerla.

—Ya veo.

—¿Por qué cree usted que aquel hombre se molestó en abrirme la puerta?

—No se me ocurre más que una explicación, pequeña; el tipo pensó que usted saldría, empezaría a tocar cosas y dejaría sus huellas por todas partes. Tal vez incluso cometiese usted la torpeza de acercarse al cadáver y de esta manera la policía tendría un sospechoso estupendo con el cual perder el tiempo, mientras el asesino se ponía a salvo.

Ella asintió en silencio, como si solo entonces se le hubiese ocurrido semejante idea. Yo añadí:

—Tenga en cuenta que el tipo estaba seguro que usted no había podido verlo. Jamás podría identificarlo, de manera que su único riesgo era el de que usted saliera de la habitación antes que él hubiera desaparecido...

—Y en ese caso me habría matado también, ¿es eso lo que quiere usted decir?

—Seguro.

Se estremeció como si estuviera helada. Pensé que realmente, aquella noche había nacido por segunda vez.

También me dije que todo aquello no me servía para maldita la cosa, a excepción de que demostraba que, realmente, Grant no había trabajado solo en el asunto del chantaje a Lida.

—Una última pregunta, preciosa —dije, pensativo—. En sus interiores entrevistas con Grant, ¿lo encontró en compañía de algún amigo suyo?

—No... Siempre estaba solo cuando iba a verlo.

—¿Ni le habló de nadie en particular que pudiera darle a usted una idea de quién era su socio?

—¿Socio?

—Yo sé por qué lo pregunto. Conozco perfectamente el negocio que tramaban.

—No puedo recordar nada semejante.

—Bien, excepto haberla conocido a usted, no he sacado nada importante de esta entrevista. Tuvo usted mucha suerte al no ver a ese canalla, pequeña.

—Yo también estoy convencida de eso, míster Bellamy.

Me levanté, dispuesto a marcharme. Ella todavía murmuró:

—¿Cree que debería presentarme a la policía para declarar lo que acabo de contarle a usted?

—A ellos no les serviría de nada, y a usted le ocasionarían infinidad de molestias. Olvídelo, muchacha. Ya le preguntarán, si es que alguna vez logran dar con usted.

Estreché su mano y me largué de allí. Haber conocido a Louella era una razón más para no lamentar el sucio final de Harry Grant. Un bastardo capaz de engañar miserablemente a una chiquilla tan encantadora no merecía otra cosa que un plomo en la sesera...

CAPÍTULO IX

A la mañana siguiente, antes de dirigirme a los estudios para cambiar impresiones con Lida y trazar los planes para la noche, decidí dar una vuelta por la oficina para examinar la correspondencia, si la había.

Pero no encontré carta alguna. En su lugar, hallé una nota de Malville Faulks pidiéndome que le telefonara tan pronto encontrase su mensaje.

Así que descolgué el teléfono y obedecí, marcando el número que me había dejado anotado.

Respondió una voz monótona y bien timbrada, impersonal.

—He encontrado el aviso de míster Faulks en mi despacho —anuncié—. ¿Puedo hablar con él?

—¿Es usted míster Bellamy?

—En efecto.

—Tenga la amabilidad de aguardar unos instantes, señor.

Hubo una serie de ruidos. Imaginé que mi comunicante debía ser poco más o menos una especie de mayordomo, tratándose de la casa de un millonario. Dos o tres minutos después, la voz de este gruñó:

—¿Bellamy? Necesito hablar con usted inmediatamente.

—Bueno, tengo algunas cosas que hacer esta mañana.

—No importa. Espéreme en su despacho. Vendré a verlo dentro de una hora.

—Espere un minuto...

—Dentro de una hora —remachó.

Y colgó el aparato sin más explicaciones.

No cabía duda que me reventaban los individuos podridos de dinero, pero aquel tenía la especial habilidad de sacarme de mis casillas con su aire mandón, demasiado seguro de sí mismo. Estuve tentado de largarme y dejarlo chasqueado, pero después me dije que fuere lo que fuere lo que el tipo quería tratar conmigo sería algo relacionado con Lida y decidí esperar.

Por unos instantes, traté de analizar si mi antipatía por el millonario era debida única y exclusivamente a su exceso de dinero, o a que era el dueño del corazón de Lida. Como mis reflexiones respecto a este punto se embrollaron de manera peligrosa, las dejé correr y me entretuve en fumar cigarrillos sin pensar en otra cosa que en la estrella y su problema.

Cuarenta y cinco minutos más tarde, el gran hombre hizo su entrada en la oficina sin molestarse en llamar, seguro de que iba a encontrarme allí, atornillado al sillón esperando el obsequio de su presencia.

Acercándose a la mesa, se dejó caer sentado en la butaca, y solo

entonces gruñó:

—Gracias por haberme esperado.

—La mitad del tiempo se emplea en esperar, en este trabajo mío. ¿Qué le preocupa, míster Faulks?

—Lida, naturalmente.

—¿Y bien?

—Usted me mintió la otra noche.

—¿Sí?

—No necesita mostrarse reservado conmigo, Bellamy. Voy a casarme con ella, como usted ya sabe. La quiero y... Pero eso no le importa a usted. Quiero saber en qué lío está metida. Sé que hay algo muy grave que la preocupa, la inquieta de manera terrible. Y usted lo sabe, ¿no es cierto, Bellamy?

—Bueno, tal vez saca usted conclusiones demasiado precipitadas, pero realmente Lida tiene algunas preocupaciones estos días.

—¿Por qué andarse con rodeos? Quiero saberlo todo...

“Quiero”, rezongué para mis adentros. Nunca pedía nada. Lo exigía... Empecé a pensar que lo mejor sería mandarlo al demonio de una vez por todas.

No obstante, dije:

—¿Quiere usted saberlo para ayudarla?

—¡Por supuesto! —exclamó, engallándose. Pero añadió—: También quiero asegurarme de que no voy a hundir mi prestigio casándome con ella, si la raíz de sus preocupaciones es algo escandaloso o denigrante.

—Ya veo.

—¿Y bien?

—Ella es mi cliente, míster Faulks.

—¿Y qué?

—Todo cuanto yo haya averiguado sobre este asunto es estrictamente confidencial. No puedo comunicarlo a nadie en absoluto que no sea Lida.

—Bueno, no necesita usted ser tan condenadamente legalista en este caso —rezongó—. Yo también puedo convertirme en su cliente... alguna vez.

—Lo dudo. Vaya a preguntarle a ella. Si Lida desea que usted sepa sus asuntos privados le informará personalmente. Después de todo —dije con ligera burla—, va usted a casarse con ella, ¿no es cierto?

Apretó las mandíbulas como un perro de presa. Noté que estaba realizando un gran esfuerzo por contenerse. Era la imagen perfecta de la dignidad ultrajada.

—Es usted un tipo curioso, Bellamy —gruñó al fin, mascando cada palabra—; no me sorprende que siga vegetando en este cuchitril, pero ya sabía que había gentes de su clase en el mundo. Creo que tendré que realizar una pequeña investigación por mi propia cuenta.

—Nadie se lo impide.

Se levantó, muy digno.

—Sepa usted —añadió—, que dada la posición que ocupo en nuestra sociedad, debo estar seguro de todos mis pasos para no ser víctima de ningún escándalo...

—Ese es un problema estrictamente suyo. ¿Tiene algo más que decirme?

—De momento no, pero volveremos a vernos.

El timbre del teléfono comenzó a escandalizar en el instante en que me disponía a replicarle. Levanté el auricular, y la voz seca y mandona de Hilary Jenks, el rey de los productores, aulló:

—¡Venga a mi despacho, Bellamy! —hubo una especie de bufido, y luego remachó—: ¡Ahora!

—¿Qué demonios le pasa a usted?

—¡No me haga perder tiempo, estoy esperándole!

Y colgó de golpe.

Dos millonarios zarandeándome a la vez en una sola mañana estaba pasando de medida. Engullí una sarta de juramentos y deposité el auricular en su sitio. Malville Faulks dijo como despedida:

—No le diga una palabra a Lida de lo que hemos estado hablando, Bellamy.

—No veo quién podría impedírmelo si se me antojase hacerlo.

—Tal vez fuera perjudicial para sus intereses. Soy un mal enemigo, compéndalo. Mis influencias abarcan toda clase de esferas...

Giró sobre los talones y se largó, pisando fuerte y con sus ademanes de emperador.

—¡Al diablo con sus influencias! —estallé, cuando recobré la voz. Pero ya había cerrado la puerta. Quizá no me oyó, porque no se desencadenó ningún terremoto ni un rayo cayó sobre mi cabeza. Todo siguió perfectamente tranquilo.

Excepto yo, claro.

Poco después, yo también abandoné la oficina y tomé el rumbo de los estudios para acudir a la imperiosa llamada de míster Jenks. A juzgar por su tono, el magnate estaba metido en un lío o pensaba meterme en uno a mí.

Contribuyó a afirmarme en esta impresión la actitud de la escala secretaril. Me franquearon el paso con una celeridad desacostumbrada. Incluso alguna de ellas me miró compasivamente, con esa cara que solo se utiliza en los velatorios fúnebres.

Hilary Jenks apenas levantó la cabeza cuando entré en su regio despacho. Detrás de mí, la secretaria cerró cuidadosamente la puerta, como si temiera despertar a alguien.

—Siéntese —bufó el productor.

Lo hice y esperé. Al comprender que yo no iba a pronunciar una palabra

a menos que él empezase a hablar, el gran hombre dijo:

—Bueno; ¿qué pasa ahora?

Seguí mudo, lo cual le obligó a levantar la mirada y fusilarme con sus brillantes pupilas.

—¿No me ha oído usted, Bellamy?

—Perfectamente, pero espero que me aclare qué significa todo esto.

—¡Condenación! ¿Quiere burlarse de mí? Los accionistas principales han intervenido en el asunto. Tengo mi cargo balanceándose en el alero a menos que... —se interrumpió bruscamente, carraspeó y casi sin transición añadió entre dientes—: Esa maldita neurótica acabará conmigo.

—Hasta el momento, está usted hablando en chino para mí. ¿Qué es eso de los accionistas, y qué demonios tienen que ver con Lida?

—¿En qué nuevo embrollo se ha metido ahora esa estúpida? Usted dijo que el bastardo que intentaba sangrarla fue asesinado, ¿no es cierto? Bueno, ¿qué la vuelve loca entonces?

—No lo sé. ¿Es que ha sucedido algo esta mañana?

—¿Qué si ha sucedido? —estalló—. ¡Vaya abajo y pregunte al personal de rodaje, verá la historia que le cuentan...!

—Ya que estoy aquí, cuéntemela usted.

Bufó, me atravesó con la mirada y finalmente dijo entre dientes:

—¡No han conseguido ni una “toma” buena en toda la mañana! Lida estaba imposible, incluso se ha desmayado, le ha dado un ataque de histeria... ¡Ha habido que suspender el rodaje! ¿Sabe lo que eso significa? ¡Miles y miles de dólares tirados a la basura...!

—¿Y cree usted que desgañitándose los recuperará?

—¿Qué?

—¿Dónde entran los accionistas principales en esto?

—Alguien debió de irles con el soplo de lo que estaba pasando. Exigieron el “pase” de lo que había rodado hasta el momento... Fue espantoso. Creí que iban a pegarle fuego a la cinta.

—¿Por qué?

—Porque es un desastre... Una catástrofe. Lida está fatal, rígida, apagada, sin vitalidad. Da la sensación de una muñeca hipnotizada. Ni siquiera soportaron “visualizar” todo el material. Estallaron mucho antes de “pasarlo” todo... Y lo peor vino después de la sesión.

—¿Sí?

—Dieron orden de suspender el rodaje y rescindir el contrato de Lida.

Estupefacto, tardé un poco en reaccionar.

—Pero ¿pueden hacer eso? —pregunté—. Un contrato...

—¡Claro que pueden hacerlo!

—Pero tendrán que indemnizarla.

—Quizá no. Pueden alegar que ella es incapaz de realizar el trabajo para el cual fue contratada. Y le aseguro que lo demostrarán si se valen del

material que hay rodado hasta este momento. Y por si faltaba algo, tenemos lo de esta mañana. ¡Una catástrofe!

—¿Se lo ha dicho a Lida?

—Todavía no, pero es posible que le hayan llegado rumores. Estas cosas se saben siempre de manera misteriosa.

—Bueno, ese puede ser el motivo de su histeria de esta mañana... Incluso justificaría su desmayo.

—Tonterías. A menos que se lo hayan dicho por teléfono. La han llamado poco antes de empezar el trabajo. Desde entonces ha estado convertida en un manojito de nervios desatados.

—Ya veo...

—Hable usted con ella, Bellamy... Hágale comprender que...

—Espere un minuto —le atajé, levantándome—. Si espera que sea yo el encargado de decirle que su contrato es papel mojado, está usted loco. No me pagan para eso.

—¡Yo le pago para que cumpla mis órdenes, Bellamy! —barbotó, furioso—. Además, a usted le escuchará; le tiene confianza... Confía en usted, ¿no es cierto?

—No hasta ese extremo. Además, hay algo raro en esa alteración de usted, míster Jenks. Se ha visto en situaciones más violentas que estas con otras estrellas. ¿Por qué con Lida es distinto?

—Quiere usted saberlo todo, ¿no es así? Bueno... A mí también me han colocado una carga de dinamita bajo el asiento. O consigo que ella acepte la rescisión del contrato, u otro ocupará mi puesto después de la próxima reunión de accionistas. Me echan en cara que fuera yo quien recomendó que se le pagara a Lida un anticipo de casi medio millón... Casi me han pedido que lo devuelva.

—Pero esos tipos están locos. ¿Cómo demonios van a exigir la devolución del anticipo, si rescinden el contrato unilateralmente? En todo caso, debe ser ella quien presente una demanda de indemnización.

—Si lo intenta será peor para Lida. Ese material impresionado es su peor *hándicap* para una demanda legal. Le aseguro que una principiante lo hubiera hecho infinitamente mejor.

—Ya veo. Ahora acláreme por qué demonios me lo ha contado a mí.

—¡Pero si ya se lo he dicho! Usted puede hacerla entrar en razón. Es la única persona que tiene cierto ascendiente sobre ella... En el fondo, Lida le aprecia a usted. Además, ya puede comprender el interés que tengo en que todo se resuelva a satisfacción... Esos accionistas son una pandilla de buitres.

—Resumiendo, míster Jenks; rompen el contrato de Lida, y serían felices pudiendo arrebatarse también el anticipo que cobró, ¿no es así?

—A grandes rasgos, así es como están las cosas.

—Ya veo... Hablaré con Lida —mascullé, levantándome.

Notó la brusquedad de mi tono, porque antes que pudiera llegar a la puerta refunfuñó:

—No me importa mucho cómo me juzgue usted, Bellamy, pero comprenda que yo también estoy entre la espada y la pared.

—Imagino que se libraría usted de esa espada si pudiera sacarle a Lida los centenares de miles de dólares que cobró como anticipo, ¿no es cierto, patrón?

No me respondió. Yo tampoco esperaba que lo hiciera. Seguía con la boca abierta cuando cerré la puerta a mis espaldas.

CAPÍTULO X

—Ahora que sabes cómo están las cosas, pequeña, ¿qué piensas hacer?

Me miró por entre el velo de sus lágrimas, pero no respondió inmediatamente. Encendí un cigarrillo y esperé.

Estábamos solos en el camerino. Lida era la imagen de la desesperación y el desconcierto.

Saqué mi pañuelo y se lo entregué para que secara su llanto. Lo hizo, pero su pecho siguió siendo sacudido por los sollozos contenidos.

Entonces insistí:

—¿Qué ha sucedido esta mañana? ¿Quién te ha llamado por teléfono?

—Ese hombre...

—¿El socio de Harry Grant?

Asintió con un gesto.

—¿Qué te ha dicho?

—Quiere el dinero esta noche, a las once. Si no le pago, venderá las fotografías y mandará una copia a Malville.

—Ya que hablas de tu Romeo —rezongué entre dientes—, yo también lo he visto esta mañana. Está muy escamado.

—¿Qué... qué te ha dicho?

—Empieza a sentir escrúpulos. Teme que su posición social se resienta si al casarse contigo se ve envuelto en un escándalo.

—¡Dios santo!

—Es mejor que lo sepas, preciosa.

—¡Es terrible, Keith! ¿Qué puedo hacer? Si ve esas fotografías, y sabe que pueden ser editadas en uno de esos sumos calendarios, jamás querrá casarse conmigo...

—Bueno, él no es el único hombre sobre la tierra, querida.

—No comprendes, Keith... Malville representa para mí la seguridad, el no tener que sufrir la incertidumbre del mañana, no verme obligada a soportar las bajezas de este trabajo... ¿Crees que si estuviera casada con él me importaría que rescindieran mi contrato?

—Ya veo. Quieres casarte con su cuenta corriente, ¿no es eso?

—¡Keith!

—No discutamos —la atajé—. ¿Qué piensas hacer?

—Solo puedo hacer una cosa: Pagar.

—¿Vas a regalar ese medio millón, solo para tener más o menos segura tu boda con Malville?

—Eso en parte solamente. También quiero evitar el escándalo...

—¿Aun a cambio de negociar con un asesino?

Se estremeció, pero asintió con un movimiento de cabeza, incapaz de hablar.

—Todavía podemos chasquearlo, pequeña —dije—. Puedo intentar sorprender al tipo que vaya a recoger el botín y...

—Eso sería peor todavía. Ese hombre me ha advertido que cualquier intento de interferir el cobro hará que venda las fotos inmediatamente.

Me encogí de hombros.

—Tuyo es el dinero, Lida. Pero quiero recordarte que incluso pagando, no tienes seguro tu matrimonio con Faulks.

Me miró desesperanzadamente, pero no replicó.

Dejé que reinase un largo silencio antes de indagar:

—Y respecto a tu contrato...

—¿Qué crees que me queda por hacer ahí? No puedo enfrentarme a una gente tan poderosa como ellos... Sé que mi trabajo no ha sido satisfactorio, pero tú sabes los motivos que me han impedido realizarlo. Creo que podemos decir que han arruinado mi carrera. Esa es otra razón para que quiera conservar a Malville.

—Sigo opinando que cometes una tontería, nena. Hay otros hombres que...

—¡Por favor, no sigas!

—Okey. ¿Cómo tienes que hacer el pago de ese dinero?

—No lo sé todavía. Tengo que tenerlo preparado en billetes grandes, envuelto en papel fuerte. Eso es todo lo que me ha ordenado de momento. Poco antes de las once me dará las últimas instrucciones.

—¿Y cómo piensa desprenderse de esa cantidad! O el tipo está loco o...

Me interrumpí al ocurrírseme una idea sorprendente, inverosímil, pero que tomándola en cuenta quizá pudiera explicar por qué al chantajistas no le importaba la alta graduación de los billetes.

Entonces dije:

—Sea como sea, pequeña, yo entregaré el dinero.

—No, Keith. Sé que lo haces para defender mis intereses, pero no dejaré que lo echas todo a perder por salvar ese dinero... Ni quiero tampoco que arriesgues tu vida. Ya he decidido pagar, así que vamos a esperar las instrucciones para hacerlo y asunto concluido.

—Pero, muchacha, déjame intentarlo por lo menos...

—No, querido. Háblame de Malville, ¿quieres? Me inquieta también... ¿Qué te ha dicho realmente?

Le conté los detalles de mi entrevista con su potentado y la cosa no le gustó poco ni mucho. A mí tampoco me gustaba, pero por otras razones más personales.

Al finalizar ella suspiró:

—Keith, si lo pierdo también...

—¡Condenación! Empiezas a cansarme con esa música. Si lo pierdes, quedan otros hombres, tal como te he dicho antes.

—¿Quién sería capaz de quererme si se desencadenara ese escándalo? Porque ya puedes comprender que si Malville se echara atrás sería a causa de esas fotos...

—A mí no me importarían un maldito diablo esas fotos —declaré, mirándola fijamente—. Aunque, naturalmente, yo no tengo una succulenta cuenta corriente.

Se sobresaltó. Sostuvo mi mirada unos segundos y finalmente la desvió.

—No sientes lo que dices —murmuró—. Solo quieres animarme...

—¡Y un demonio! Ya te dije hace mucho tiempo que...

—¡Keith!

—Está bien, olvídalo. Pero debes reconocer que no pierdo nada con decírtelo.

—¿Incluso ahora que soy una estrella fracasada, apagada, al borde del desastre?

—¿Y qué importa eso? Sigues siendo la misma mujer, tan hermosa como siempre, con tu carácter endiablado y la misma cabeza a pájaros, y... ¡Oh, bueno, ya es suficiente! —estallé, buscando un cigarrillo con el que calmar mi desconcierto.

Por primera vez en toda la entrevista, ella esbozó una débil sonrisa.

—Keith... haces que suene como una declaración. Debes estar loco.

—¿Por decírtelo?

—No, pero sí por pensarlo sinceramente.

—En ese caso, estoy loco de remate, porque creo que te quiero desde hace un año, cuando trabajé para ti la primera vez.

Abrió la boca, pero no acertó a pronunciar ni una palabra. Después la cerró y giró sobre el taburete, dándome la espalda.

—No debiste decir eso —susurró.

—¿Por qué no?

—No lo sé, pero no debiste decirlo... Sé que mientes... Solo tratas de animarme por si Malville se vuelve atrás. Pero no sientes lo que dices... ¿O sí?

—Puedo demostrártelo si quieres.

—¿Cómo, Keith?

—Casándome contigo, hoy mismo. Ahora, al salir de aquí, en este mismo instante —mi voz perdió seguridad, adquiriendo un tono ronco y vacilante, y al fin se extinguió antes que pudiera decirle todo lo demás que luchaba por abrirse paso a través de mi contraída garganta.

—No te comprendo —suspiró al fin—. Toda la ciudad va a reírse de mí cuando se haga público que me han despedido, que he fracasado... Y tú quieres casarte conmigo. ¿Es que no te importa hacer el ridículo, ver tu nombre junto al mío compartiendo los sarcasmos?

—Nada tendrá importancia si estás conmigo, Lida... ¡Oh, bueno! ¡No sirvo para esas escenas melodramáticas! Sé que estoy haciendo el ridículo, pero tenía que decírtelo.

—Keith, yo...

—Olvidalo. Mi cuenta corriente jamás se parecerá a la de tu Romeo. Volvamos a lo que interesa.

Deseé no haber dicho todo aquello. Incluso sentí lástima por mí mismo al no haber sabido contenerme. Era preferible no volver a tocar el tema para no hacer más el ridículo.

Como ella no pronunciase palabra, insistí:

—¿Vas a preparar el dinero, o piensas quedarte aquí todo el día, mascando tu desesperación?

—No, Keith; me iré ahora. Retiraré el dinero de mis cuentas y lo llevaré a casa. Luego esperaré a que ese hombre me llame y...

—Ya habrás terminado. *Okey*, vamos.

—¿A dónde?

—A retirar ese montón de billetes. No voy a dejarte andar sola de un lado a otro con toda esa *pasta* en el bolso.

Titubeó, como si no acabase de decidirse. Sus vacilaciones al aceptar mi ayuda acabaron de ponerme furioso, pero reconocí que ni siquiera sabía a ciencia cierta contra quién se dirigía mi furia. Quizá contra mí mismo.

—No tardaré mucho —accedió al fin—; solo he de cambiarme de vestido y estaré contigo... Y gracias, Keith. Por todo...

—Por nada.

Salí del camerino y comencé a pasearme por el pasillo arriba y abajo, fumando y dándole vueltas al problema. Creía ver una débil luz en alguna parte, pero no era suficiente para permitir distinguir el cuadro completo del embrollo. Quizá no pudiera verlo nunca con suficiente claridad, pero por lo menos lo intentaría.

Claro que si algo salía mal y las fotos eran vendidas...

Bueno, al diablo con las fotos, me dije. Y al diablo con Malville Faulks. A fin de cuentas, todavía no estaba casado con Lida.

Un teléfono comenzó a sonar en alguna parte. Después enmudeció, y segundo más tarde Lida entreabrió la puerta del camerino.

—Una llamada para ti, Keith...

—¿Quién es?

—Jenks.

Refunfuñando, entré y tomé el auricular. La voz del productor indagó:

—¿Es usted, Bellamy? —no me dio tiempo a responder, sino que añadió—: ¿Cómo marcha el asunto?

—Para usted bien.

—Ajá... Ya suponía que usted era el tipo ideal paya hacer entrar en razón a esa cabeza loca...

- ¿Solo me ha llamado para decirme eso?
- Quería asegurarme... Ya sabe que mi posición es muy quebradiza a raíz de este asunto.
- Usted sabe bien cómo afianzarla. Quizá demasiado bien...
- No me gusta su tono, muchacho. ¿Qué le preocupa ahora? Si se trata de sus honorarios, le pagaré ese trabajo como asunto aparte y...
- Puede comerse su cheque, patrón. Este es un trabajo por el que no tendrá que pagar. ¿Eso es todo?
- Bueno, Bellamy, a veces me sorprende usted. ¿Qué ha decidido hacer esa... muchacha?
- Se lo contaré cuando tenga tiempo.
- ¡Eh, espere! No puede hablarme así, Bellamy. Puedo borrarle de todas las listas de la “industria” y usted lo sabe. ¡Maldita sea! Estoy ocupándome de mi posición, ¿quiere comprender eso?
- Seguro. Solo que me pregunto hasta qué extremo se preocupa usted por ella.
- Ahora soy yo quien no le comprende a usted.
- Por ejemplo, ese asunto del anticipo...
- Oh, bueno, eso es una idea de los accionistas. Yo ni siquiera se lo he reclamado a Lida, ¿no es cierto?
- Directamente no.
- ¿Qué?
- Olvidelo. Estoy furioso esta mañana.
- ¡Eh, no cuelgue todavía! Dígame qué se propone hacer Lida...
- Desde el momento que han rescindido su contrato con esa desfachatez, ella ya no está bajo sus órdenes. No debe importarle lo que se proponga hacer. ¿O sí le preocupa a usted, patrón?
- ¡Maldito sea usted! ¿Se ha propuesto que me dé un ataque de nervios? ¡Claro que me preocupa...!
- Miré a Lida por el rabillo del ojo. Había terminal de arreglarse ante el espejo del tocador. Estaba más sugestiva que nunca, con su hermoso rostro atormentado por las emociones y los ojos brillantes como estrellas.
- Por teléfono, dije:
- Ya le veré a usted, Jenks, cualquier día de estos.
- ¿Cómo demonios se atreve a...?
- Colgué, dejándole que siguiera aullando a un teléfono mudo. Volviéndome hacia la muchacha murmuré.
- Eres un encanto para los ojos, querida. Viéndote en el espejo deberías comprender que Malville Faulks es solo un eslabón en la cadena de esclavo que puedes tener a tus pies.
- Estás diciendo tonterías, Keith... Tú jamás te pondrías a mis pies.
- Seguro que no, pero yo no soy millonario.
- Estás poniéndome histérica con tanto repetirlo. Vámonos, ¿quieres?

Temo que cierren los bancos.

—*Okey*. Pero déjame repetirte que estás portándote como una estúpida. Y ahora, andando.

Salimos del camerino. Fuera, la sujeté por el brazo y la atraje hacia mí para infundirle confianza. Noté su estremecimiento, pero no fue menor el mío al sentir el cálido contacto de su piel en mi mano.

Decididamente, yo estaba convirtiéndome en un pobre sentimental.

CAPÍTULO XI

Los billetes estaban sobre la mesa. Formaban una linda montaña, demasiado linda para que un cerdo asesino pudiera ponerles sus sucias manos encima.

En una butaca, rendida por las emociones y la tensión nerviosa, Lida intentaba calmar sus nervios con un *whisky* gigantesco que yo le había preparado.

—¿Por qué no te acuestas un rato? —le aconsejé—. Hay tiempo sobrado hasta las once de la noche. Entretanto, yo prepararé el paquete.

—¿Y si Malville telefonea?

—¡Condenación! ¿Es que vas a dejarte dominar por ese tipo antes de estar casada con él? —sus ojos brillantes se clavaron en mí con mudo reproche—. Está bien, te prometo no responder al teléfono. Te avisaré si llama. Pero estás agotada y necesitas reposo, o no resistirás hasta la noche.

Bebió un sorbo y se levantó, para dar unos pasos de un lado a otro. Cuando se volvió hacia mí se sonrió animosamente.

—Debería darte las gracias por todo lo que estás haciendo por mí, Keith...

—Olvidalo. Cobraré tu agradecimiento con mi factura. Ya me he asegurado de que te quede dinero suficiente con que pagarla...

—Eres el hombre más maravilloso que...

—Eso me lo has dicho otras veces —refunfuñé—. No lo repitas ahora.

Estuvo unos segundos erguida, mirándome fijo. Una vez más, sentí un escalofrío al contemplar su magnífica figura y el ardiente brillo de sus ojos.

—Encárgate de todo, querido —suspiró finalmente—; voy a descansar un poco...

Su voz se quebró. Tras un ligero titubeo, ella giró sobre los talones y salió de la estancia.

Esperé durante unos minutos, contemplando el montón de billetes.

Era un lindo espectáculo, pensé. ¡Medio millón contante y sonante!

Diez minutos más tarde recorrí en silencio el camino de la habitación de Lida y abrí la puerta con sumo cuidado. Ella estaba echada sobre la cama, vestida, solo cubierta a medias por una colcha de seda. Dormía y su respiración era agitada e irregular.

Volví a cerrar y retrocedí con las mismas precauciones.

Entonces puse en práctica mi proyecto. Al diablo con los temores y las fotografías. Si querían publicirlas podían hacerlo... y a mí no me importaría un pito.

Una secreta alegría me invadió después de tomar una determinación semejante. Quizá fuera lo mejor, después de todo. Si Malville Faulks se asustaba, volviéndose atrás de sus proyectos matrimoniales...

Busqué unas tijeras y un montón de revistas cinematográficas atrasadas y rápidamente procedí a cortarlas a tiras del ancho de los dólares. Cuando tuve suficiente, las corté por la mitad y quedaron casi del mismo tamaño de los billetes.

Hecho esto, amontoné los trozos de papel al lado de la montaña de dinero hasta asegurarme que ambas quedaban iguales. El chantajista iba a llevarse un buen susto.

Entonces se me presentó el problema de esconder el dinero sin que Lida lo descubriera antes de tiempo. Al fin, opté por envolverlo en un papel y, en la cocina, meterlo dentro de la funda de la aspiradora eléctrica. Después introduje el aparato otra vez y lo dejé todo colgado en su armario respectivo.

Oscurecía cuando ella salió de su habitación. Yo no había encendido la luz y estaba hundido en una butaca, con el paquete de recortes de revistas bien atado sobre la mesita, delante de mí. Era una obra maestra, pensé una vez más.

Ella se detuvo en el umbral y susurró:

—Keith, ¿estás ahí?

—Seguro, querida. Pero no enciendas la luz.

—¿Por qué?

—Tu jardín es lo bastante espeso para permitir a cualquier espía acercarse lo suficiente como para atisbar el interior a través de la ventana. No quiero que me vean aquí.

—No comprendo... ¿Por qué tendrían que espiarme? Ese hombre sabe que estoy dispuesta a pagar...

—Ese tipo sería idiota si creyera en tus palabras, dichas por teléfono. No, preciosa; los chantajistas no se fían ni de su sombra. ¿Qué te parece ese paquetito?

Medio millón de *pavos* envueltos como si fueran una lata de galletas...

—Prefiero no pensar en eso. ¿Qué hora es, Keith?

—Casi las nueve. Tu pajarraco no puede tardar mucho en llamar.

—Confieso que tengo miedo, querido —susurró, acercándose a donde yo estaba y dejándose caer en una butaca, frente a mí.

—Nada te sucederá —dije—, excepto quedarte sin medio millón de dólares.

Desde mi posición, podía ver el recuadro gris del ventanal, y a través de él las oscuras masas de los árboles y parterres del jardín. No apartaba la mirada de esa quietud exterior ni un segundo, para evitar sorpresas. Lida lo advirtió y no pudo ocultar un estremecimiento.

—¿Crees que vendrá aquí?

—¿El chantajista? Posiblemente no; pero no me sorprendería que contratase a alguien para venir a echar un vistazo. No necesita confiar en el tipo que elija... Solo con decirle que quiere asegurarse de que su mujer no recibe visitas durante su ausencia es suficiente, ¿comprendes?

—¿Y si es así, qué podemos hacer?

—No dejarnos sorprender. Si alguien merodea por el jardín es preciso que te vea a ti sola.

—Comprendo...

—Y si eso ocurre, querida, debes mostrarte lo más calmada posible. Nada de agitación... Puedes dejar entrever que estás un poco nerviosa, lo justo en quién está esperando una llamada importante. ¿Crees que podrás hacerlo?

—No lo sé. Esta espera me crisa los nervios... Creo que si no estuvieras tú aquí empezaría a chillar como una loca.

—Y lo echarías todo a perder.

—Keith...

—¿Sí, linda?

—No... No ha llamado, ¿verdad?

—¿Quién, tu Romeo?

—Sí.

—Te hubiese sacado de la cama en ese caso.

—Sí, claro...

—¿Sigues tan preocupada por él?

—Estoy preocupada por mí, Keith.

—Pero tú no amas a Malville, ¿no es cierto?

—No lo sé... Me atrae, tú sabes... Es tan correcto, tan gentil...

—Y tan rico... —gruñí, remedando su tono.

—¡Keith! —protestó—. Me haces sentir como... como una mujerzuela que está vendiéndose... Como una...

—No lo digas —la interrumpí—. Pero examinando las cosas fríamente, ¿no es eso lo que estás haciendo?

—¡Debería abofetearte por decir esa monstruosidad!

—No grites o vas a alborotar a todo el vecindario.

Hubo un corto silencio. Después, ella suspiró:

—Keith... Estás celoso, ¿verdad?

—Seguro.

—Creo que soy una tonta, ¿sabes?

—En eso estamos de acuerdo.

—¡Keith!

—¡Cállate! —exclamé con voz contenida.

—¡No me hables en ese tono!

—¡Cállate, condenada! No comprendes que hay alguien ahí fuera?

—¡Oh, Dios santo...!

Me deslicé fuera de la butaca y casi a rastras me acerqué al ventanal. Me había parecido ver una sombra deslizándose desde la mancha oscura del seto hasta un grueso pino de California que se erguía cerca de la piscina, pero cuando asomé un ojo por el ángulo inferior del cristal no pude distinguir movimiento alguno.

—¿Ves algo? —susurró ella detrás de mí.

—No. Pero vamos a darle facilidades al espía...

—¡Tengo miedo, Keith!

—Bueno, no creas que yo estoy muy tranquilo... Voy a deslizarme hasta la habitación de al lado. Tan pronto haya salido de esta, enciendes la luz y empiezas a pasearte de un lado a otro. Recuerda que tienes que interpretar el papel de una mujer nerviosa que espera una llamada importante. Puedes acercarte al teléfono un par de veces, deteniéndote y mirándolo como si quisieras darle prisa... ¿Has comprendido?

—Sí, Keith...

—Y no se te ocurra mirar hacia la ventana.

Retrocedí medio a rastras hasta verme fuera de la salita. Antes que hubiera entrado en la otra estancia ella encendió la luz, de manera que un recuadro brillante se extendió por el porche, yendo a iluminar también un recuadro de césped.

Pegado a un lado a la ventana, a oscuras, escruté las sombras del jardín. No pasó ni un minuto sin que algo se moviera al lado del grueso tronco del pino. Pareció que un trozo de corteza se desprendiera de él poco a poco. Después, la silueta de un hombre agachado corrió acercándose a la casa, protegido por los macizos de rosales.

Lo vi llegar lo bastante cerca para que el resplandor de la ventana me permitiera distinguir algún otro detalle. Era un tipo alto, vestido de oscuro y con un sombrero también oscuro echado sobre los ojos.

Se movía como una sombra. Esperé que llegase hasta el mismo borde del césped iluminado con la esperanza de distinguir su rostro, pero se detuvo mucho antes. Desde donde estaba plantado, protegido a medias por un florido arbusto, podía distinguir perfectamente el interior de la alumbrada salita.

Estuvo allí casi cinco minutos. Después se apartó y comprendí que se disponía a dar un vistazo por los alrededores, o quizá quería comprobar qué coches había en el garaje...

Esperé con los nervios tensos como cables. Unos minutos más tarde lo vi de nuevo, cuando se dirigía con menos precauciones que anteriormente hacia la salida.

Aguardé todavía unos minutos más y entonces abandoné la oscura habitación, pero deteniéndome en el pasillo. Desde allí llamé a Lida para advertirla:

—El individuo se ha largado, pero a partir de este momento no puedo mostrarme abiertamente, de manera que permaneceré aquí, ¿comprendido?

Estaba pálida y sus manos temblaban.

—Sí, Keith... ¿Has podido ver bien a ese hombre?

—No, era imposible distinguir su rostro. Imagino que ahora habrá ido en busca de un teléfono desde el que comunicar con el chantajista. Después, este te llamará para darte las últimas instrucciones. Trata de contener tus nervios y todo irá bien.

—Gracias, Keith...

—Tonterías. Te cobraré muy caro por lo que estoy haciendo... Y ahora vuelve a la sala por si se acerca otro curioso.

Obedeció y yo me quedé solo en la oscuridad, dejando que el tiempo se deslizase conteniendo mis nervios a base de cigarrillos.

A las diez y quince minutos sonó el timbre del teléfono.

CAPÍTULO XII

Abracé a Lida por la cintura y apliqué el oído al auricular que ella se había llevado al oído. De nuevo había apagado la luz.

Una voz recia y monótona dijo:

—Hasta ahora está usted portándose de manera muy inteligente. Sé que tiene el paquete sobre la mesita, preparado, y que está sola. Escúcheme con atención...

Noté el temblor del cuerpo firme de Lida en mi mano. La oprimí con fuerza y ella reaccionó bien.

—¿Dónde he de llevar el dinero? —susurró.

—Lo pondrá en el asiento delantero de su coche, que usted conducirá hacia Rose Bowl Road. Maneje despacio, sin pasar de las treinta millas. Al otro lado del puente sobre la “101” meterá usted el auto en el espacio de aparcamiento. ¿Comprende lo que le digo?

—Sí, sí...

Traté de identificar aquella voz, pero llegaba tan débil hasta mí que no conseguí nada.

Y el fulano añadió:

—Usted se alejará del coche. Hay un parador a cinco minutos de camino de allí, sobre la “101”. Puede ir a tomar un café. Deje pasar quince minutos y podrá volver al coche. En el lugar del paquete con el dinero encontrará usted un sobre con las fotografías.

—¿Cómo sé que cumplirá su palabra? Si no me devuelve las fotos...

—Jamás pido dinero dos veces a la misma persona, es la única manera de que el negocio prospere —soltó una corta carcajada y antes de colgar inquirió—: ¿Lo ha comprendido bien?

—Bien, a las once debe haber dejado usted el coche en el lugar indicado. Y recuerde que durante todo el trayecto estará vigilada. Varios coches se turnarán en su vigilancia. No haga tonterías ni advierta a nadie de todo esto. Ni siquiera a ese aprendiz de detective que revolotea a su alrededor tan a menudo.

Casi pegué un salto al escuchar eso. Luego me dije que la manera de decirlo había sido un error por parte de aquel tipo.

—Seguiré sus instrucciones —murmuró Lida, casi sin voz—. Saldré ahora mismo...

—Hágalo y todo irá bien.

Sonó un chasquido. Pequeñas gotas de sudor se deslizaban por mi frente.

Apreté un poco más el brazo y murmuré:

—¿Estás lista?

—Sí...

—Ahora, aguarda un par de minutos para que yo pueda largarme por la parte trasera. No me gustaría que hubiera un espía dispuesto a echar un vistazo cuando tú salieras. Podría echarlo todo a perder...

—Keith...

—¿Qué?

—Tú estás tramando algo, ¿no es cierto?

—Tonterías. Todo lo que quiero es evitar contratiempos.

—Voy a pagar ese dinero, ¿entiendes? Lo pagaré y después podré volver a respirar en paz, de manera que no intentes evitarlo con alguno de tus trucos. Si saliera mal yo... Yo creo que me mataría.

—Estás diciendo barbaridades. Todo saldrá bien. Dame solamente un par de minutos y luego puedes ir en busca de tu coche.

Antes de soltarla incliné la cabeza y la besé en la boca como despedida. No intenté que fuera un beso pasional ni nada semejante, pero estalló con tanta fuerza que me dominó en escasos segundos y casi llegué a olvidarme de lo que teníamos entre manos.

Cuando ella se soltó dulcemente escuché el largo suspiro que no pudo contener.

—Vete ahora, Keith —murmuró—. No puedo perder más tiempo.

—Antes de dejarte, quiero decirte una vez más que te quiero, Lida. Piénsalo esta noche.

La dejé allí, respirando agitadamente, y me precipité a la salida trasera. Corrí como un gamo hacia el garaje, me metí en el compartimento trasero del coche y me quedé allí, acurrucado sobre la alfombra, seguro de que por lo menos ella no me descubriría.

Lo malo sería si el chantajista era tan listo como parecía ser...

Un minuto después, Lida llegó taconeando sobre el cemento del sendero, se instaló ante el volante y poco después viajábamos hacia una cita que muy bien podía convertirse en un infierno de violencia para mí.

Ni una sola vez en todo el trayecto se le ocurrió volver la cabeza, ni siquiera para asegurarse de si la seguían, por lo tanto no tuve dificultad alguna en pasar inadvertido para ella.

No obstante, en aquellos instantes, cuando la cosa ya no tenía escapatoria, me dije que quizá había obrado demasiado a la ligera. No sabía cómo iba a actuar el chantajista, ni qué precauciones adoptaría antes de acercarse al coche. Según como se desarrollasen los acontecimientos, mi posición muy bien podría ser la de un ratón cazado en su propia ratonera.

Se me antojó un viaje interminable. Los huesos comenzaron a dolerme a causa de mi forzada postura. El revólver se me incrustaba en el costado y solo ansiaba saltar fuera del coche y estirar las piernas, aunque fuera

arretrando todos los peligros del infierno.

Finalmente, el auto maniobró, saliendo de la autopista, y acabó deteniéndose en un paraje oscuro y silencioso. Escuché el largo suspiro de Lida, al cerrar el contacto y encontrarse envuelta en aquel silencio terrible que parecía oprimirla igual que a mí.

Cuando abrió la portezuela y se apeó, el chasquido de la cerradura fue lo mismo que un disparo. Mis nervios dieron un salvaje tirón, empujándome a seguirla. Pero pude contenerme todavía, y seguir allí, inmóvil, retorcido y tenso.

Sus altos tacones marcaron el compás de sus pasos apresurados al alejarse del vehículo. Después, el silencio más absoluto volvió a adueñarse del mundo entero.

Casi de manera inconsciente, mis dedos se cerraron alrededor de la culata del revólver y lo saqué fuera de su funda. Cambié de posición, tanto para aliviar mis doloridos huesos como para estar en mejores condiciones de actuar.

Y pasaron los minutos, lentos, desesperantes.

Se me ocurrió pensar que tal vez el chantajista no acudiera, o mandase quizá a un ayudante para no correr él más riesgos que los necesarios. Verdaderamente, aquel tipo me tenía desconcertado. No “trabajaba” de una manera lógica ni seguía la rutina de sus congéneres. Cualquier cosa podía esperarse de un fulano semejante.

¿Y si se valiera de un infeliz que no tuviera idea de la naturaleza del negocio? No iba a sacar nada capturando a un ayudante... Un tipo que posiblemente habría recibido sus instrucciones por teléfono o mediante una carta.

Estaba sumido en estas dudas cuando el débil sonido de unos pasos precavidos se materializó casi junto a la carrocería. Contuve el aliento y apreté la culata del revólver.

Alguien accionó la manija de la portezuela derecha, en el asiento delantero. Después la abrió y los sonidos me indicaron que acababa de apoderarse del paquete.

Escuché los pasos apartándose del coche, tan precavidos como a su llegada. El individuo no había cerrado la portezuela al alejarse.

Me erguí poco a poco y atisé por encima del respaldo del asiento.

Una figura oscura acababa de detenerse a poca distancia, mirando a su alrededor con precaución antes de reanudar la marcha hacia la oscuridad de un gran seto que bordeaba el talud cercano, bajo el cual discurría la ruta “101”.

Pensé que si abría la portezuela para saltar fuera del coche el tipo oiría el ruido, de manera que me deslicé por encima del respaldo del asiento delantero. Salí por la misma portezuela que él no se había molestado en cerrar.

Casi lo perdí cuando apartó las ramas del seto y se hundió en ellas. Corrí agazapado. Las ramas arañaron mi rostro al meterme por la abertura que él había practicado y entonces pude verlo de nuevo, deslizándose peligrosamente por el talud casi vertical.

El resplandor de los faros de un coche que pasó a toda velocidad me permitió distinguir su rostro un segundo. No era nadie a quién yo conociera. Tendría unos cuarenta años, iba sin afeitar y sus ropas habían conocido mejores tiempos.

Aquel no podía ser el chantajista.

Esperé a que llegase abajo. Vi que se alejaba andando presuroso por el borde de la carretera y entonces descendí también la pared casi vertical, arriesgándome a romperme la crisma a causa de las prisas.

Me puse a seguirle con la esperanza de que me condujera hasta el hombre que le había encargado aquel trabajo. Sin la menor duda, debía tratarse de un cómplice, quizá de alguien que, tal como yo había imaginado poco antes, ni siquiera sabía lo que estaba haciendo.

Mi perseguido no parecía inquieto. Ni una sola vez volvió la cabeza. Eso acabó de convencerme de que yo estaba en lo cierto en mis suposiciones.

Dobló por una cerrada curva y apresuré el paso para acortar distancias. El punto de cita ya no podía estar muy lejos.

En realidad, estaba a menos de cien metros después de la curva.

El coche estaba detenido a un lado, con las haces rojas brillando en la oscuridad como ojos diabólicos. El hombre atravesó la carretera y fue a inclinarse sobre la ventanilla delantera. Vi cómo entregaba el paquete, y eché a correr con el revólver a punto.

No me faltaban ni veinte metros para alcanzar coche cuando sonó el chasquido. Fue un sonido seco, ominoso, y el hombre que se inclinaba sobre la ventanilla salió proyectado hacia atrás como empujada por la mano de un gigante. Simultáneamente, el auto saltó, con el motor rugiendo bajo la salvaje acelerada.

Fue todo tan rápido que tardé un par de segundos en reaccionar. Entonces levanté el revólver y comencé a disparar bala tras bala contra el fugitivo automóvil.

Los repetidos estampidos de mi “33” hicieron polvo el silencio de la noche. Hubo un sonido de cristales retos y después las luces rojas desaparecieron y toda quedó en silencio. Maldije furiosamente ante mi fracaso, pero yo no había podido calcular que aquel hijo de perra matase a su ayudante ante mis narices.

Entonces me acerqué al cuerpo derrumbarlo sobre el asfalto. Antes de dedicarle más atención lo arrastre apartándolo de la calzada. Esa fue una buena idea porque apenas acababa de dejarlo sobre la hierba cuando un auto pasó procedente de la ciudad a toda marcha.

Inclinándome sobre el desgraciado, capté un débil jadeo, como el de una

caldera en ebullición. Un chorro de sangre escapaba a borbotones de su boca abierta.

—¿Puedes oírme? —exclamé.

No hubo reacción. El tipo no duraría ni un minuto. La sangre llenaba sus pulmones y era cuestión de segundos el que acabara con él.

De manera que dominé mi desesperación y pregunté:

—¿Conoces al que te ha disparado?

Movió la cabeza débilmente de un lado a otro.

—¿No? —ahogué un juramento—. ¿Y el coche, qué tipo es, qué color...?

—“Pon... tiac”... gris...

El esfuerzo le arrancó una bocanada de sangre que casi acabó con él.

—¿Quién lo conducía?

—Ker...

—¡Sigue!

Sus labios se movieron, pero todo lo que consiguió fue que el torrente de sangre se desbordara de manera espantosa.

—¿Cómo es ese nombre? Has dicho que empieza con Ker... ¡Por todos los demonios, termina!

—... mein...

—¿Kermein?

Hubo un silencio. Esperé en vano la respuesta. Cuando me incliné más sobre aquel pobre hombre comprobé que había muerto.

Kermein.

Estaba como al principio. No había nadie de ese nombre alrededor de Lida. Naturalmente, habiendo sido un socio de Harry Grant, el chantajista no tenía por qué estar relacionado con su víctima, ya que quien había tramado el asunto y facilitado el material había sido el propio Grant...

Esperé a que pasara un coche cuya luz me cegó por unos instantes, y luego me encaramé como pude por el talud. Arriba, el coche de Lida había desaparecido. Ella debía haber regresado ya. Quizá había escuchado los disparos y eso había acabado de darle prisa.

Bueno, al diablo. Por lo menos, el medio millón estaba a salvo.

Volví al lado del muerto y cuidando de no ensuciarme las manos con su sangre, extraje de su bolsillo una vieja cartera. Con solo abrirla comprobé que no era un profesional. Llevaba todos sus documentos, pero solo cuatro dólares.

Acabé de vaciar sus bolsillos, solo para comprobar que nada de todo aquello tenía ningún interés para mí, excepto los documentos, que me guardé.

Después emprendí la retirada. Recordé que el chantajista había dicho por teléfono que había una cafetería a cinco minutos del lugar de la cita, de manera que anduve hasta ella. Pedí un *whisky* en la barra, me encerré en la cabina telefónica y llamé a una compañía de taxis. No tenía malditas

las ganas de regresar a pie al centro de la ciudad.

Cuando el taxi llegó iba por el tercer *whisky*. Le di al chófer la dirección de Lida, ya que mi coche había quedado allí, y me recosté en el asiento. Estuve pensando y pensando sin cesar.

Kermein.

Y un “Pontiac” gris. Recordé las grandes luces rojas de cola... Un último modelo seguramente. ¿Sería posible que el bastardo hubiera empleado su propio auto?

¿O sería robado?

Eso no parecía muy factible. Un coche robado puede proporcionar muchos disgustos en el momento menos esperado... Y con un negocio de medio millón el tipo no se habría arriesgado...

¿Alquilado tal vez?

Eso me pareció mucho más razonable.

A menos, claro está, que fuera de su propiedad.

Alquilado, decidí para mis adentros.

—¿Debo esperarle, señor?

La voz del taxista me devolvió a la realidad.

—No, gracias.

Pagué y esperé que se alejara antes de internarme en el jardín.

El coche de Lida estaba ante la puerta principal. Contuve una maldición y oprimí el botón del timbre.

CAPÍTULO XIII

—De manera que no te ha devuelto las fotografías —comenté, después de escuchar sus lamentaciones.

Lida murmuró:

—Esto es el fin, Keith... Debí suponer que tú tenías razón...

—Bueno, no te desesperes. Quizá no tenía las fotos, tal como yo imaginaba. Y si las tenía, entonces es mejor haber hecho lo que...

—Si las tiene y no ha querido devolvérmelas —me interrumpió con tono amargo—, querrá seguir arruinándome hasta el final.

—Más bien creo que, quien sea que está detrás de esta ensalada, solo quería sacarte el medio millón. Hay dos alternativas según mis cálculos, muñeca; o bien el chantajista es un tipo muy listo, que vive del chantaje en plan profesional, o se trata de alguien que, por cualquier razón, necesitaba ese dinero perentoriamente y se ha aprovechado de la ocasión para intentar sacártelo...

Me interrumpió nuevamente, con impaciencia:

—“Me lo ha sacado” —dijo apretando los dientes—. Nada de intentarlo. He sido una estúpida, Keith...

—¿Has pensado en lo que te he dicho antes de separarnos, linda?

El brusco cambio de conversación la desconcertó momentáneamente. Luego parpadeó, inquieta.

Yo añadí:

—Te he dicho que te quería. ¿No puedes olvidarte de la cuenta corriente de tu adorador aunque solo sea el tiempo necesario para casarte con un detective privado sin un centavo?

—Keith...

—¡Keith un diablo! —estallé—. Han arruinado tu carrera... o por lo menos “casi” arruinado. Te costará volver a despuntar en el cine Y estás sin dinero a causa del chantaje. Todo eso, con un poco de imaginación te coloca a mi mismo nivel poco más o menos. ¿Tanto te cuesta decidir? Y no me digas que amas a Malville Faulks porque tendré que llamarte embustera.

Sus ojos chispearon y vi cómo temblaban sus labios.

—¿He de decidirlo ahora mismo, Keith? —susurró.

—Seguro. Antes de que me vaya.

Me acerqué a ella lentamente. Mis manos se deslizaron por sus brazos hasta que la sujeté con firmeza por sus níveos hombros.

Poco a poco levantó la cara y me miró recto a los ojos. Los suyos eran

tan brillantes como dos estrellas.

—Al diablo la cuenta corriente, Keith —suspiró, con los labios muy cerca de los míos.

Sentí una sacudida en todos mis nervios, como si el suelo empezara a temblar bajo mis pies.

—¿Sabes lo que acabas de decir?

—He dicho: “Al diablo la cuenta corriente”.

—Bueno, solo quería estar seguro de que había oído bien...

El final de mis palabras murió dentro de su boca. Permanecimos abrazados en un largo éxtasis. Su cuerpo temblaba débilmente entre mis manos. El beso se prolongó tanto tiempo que casi olvidé el lugar en que me encontraba.

Cuando se apartó su rostro estaba radiante.

—Debo estar loca —murmuró—. Acabo de perder medio millón de dólares y me siento feliz...

—Bien, ha llegado la hora de que te diga que ese medio millón no lo has perdido. ¿Crees que yo iba a permitir que te quedases sin dote, cuando pensaba casarme contigo?

—¡Keith!

—El dinero está a buen recaudo. Y ahora debo irme —dije, besándola rápidamente—. Quiero echar la zarpa sobre un tipo llamado Kermein antes que pueda hacer más daño.

Giré sobre los talones, feliz por el desarrollo de los acontecimientos. Entonces, ella exclamó detrás de mí:

—¿Qué tiene que ver él en todo esto?

Quedé rígido, estupefacto, creyendo que mis oídos me habían gastado una trastada.

Ella repitió:

—Dime, Keith; ¿qué tiene que ver Kermein con la extorsión?

Sentí sus dedos engarfiarse en mi brazo y eso me arrancó de mi estupor.

—¿Conoces tú a alguien llamado así? —balbucí al fin.

—Naturalmente. Es el chófer de Malville.

Estuve a punto de caerme de espaldas.

Ahí estaba. Tan claro como la luz del día. Casi me avergoncé de mi estupidez, entre otras razones porque había sospechado incluso de Hilary Jenks, temiendo que este hubiera querido congraciarse con los accionistas principales devolviéndoles el medio millón de Lida...

—¿Qué te pasa, Keith?

—He sido un estúpido, amor...

—¡Por favor, me inquietas! ¿Qué sucede?

—Así que un financiero —gruñí entre dientes—. Un influyente hombre de negocios... ¡El socio de Harry Grant! Naturalmente, Harry era el cebo... y tu “cuenta corriente” el cerebro organizador de un negocio en gran

escala... y su chófer el brazo ejecutivo... ¡Qué imbécil he sido, Dios santo!

—¡Tengo miedo de comprender lo que estás diciendo...!

—Bueno, o mucho me equivoco o lo comprobarás antes de poco tiempo. A estas horas ya deben haber encontrado los recortes de papel en lugar de los dólares... Pero se me ocurre un idea, cariño. Ya es hora de que la policía se gane el sueldo que les pago con mis impuestos.

Salté sobre el teléfono como si tuviera algo personal contra él. Medio minuto más tarde tenía al teniente O'Connor al otro lado de la línea.

—Escúcheme bien, teniente, porque no dispongo de tiempo —le espeté con voz perentoria—. Esta noche ha sido asesinado un hombre en la “101”. Le han pegado un tiro a bocajarro. Bien, estoy seguro de que ha sido muerto con la misma pistola con que fue liquidado Harry Grant. ¿Comprende lo que le digo?

—Comprendo, pero no veo qué demonios tiene usted que ver con esto. Acabo de leer en el teletipo el hallazgo de ese cadáver...

—Espere un minuto. Vaya a casa de un tipo llamado Malville Faulks. Pasa por un financiero, pero es el cerebro organizador de un gigantesco negocio de extorsión. Su chófer se llama Kermein. Es el que ha matado al hombre de la carretera. Dese prisa antes que empiecen a moverse... Porque se moverán cuando vean que alguien les ha tomado la cabellera.

—¿De qué demonios está usted hablando?

—No hay tiempo que perder... ¡Eh, todavía no sé dónde vive ese pájaro! —exclamé, volviéndome hacia Lida, que me miraba aterrada—. ¿Dónde vive tu “ex Romeo”.

—Pomona, siete dos cuatro —murmuró maquinalmente.

Repetí las señas por teléfono y añadí:

—Vaya usted con cuidado, teniente, porque están armados y saben cómo utilizar sus armas.

—¡Condenado sea usted! ¿Qué pruebas tiene para semejante sarta de fantasías? No quiero arriesgarme a...

—Vaya allá. Yo llegaré más o menos al mismo tiempo y le llevaré las pruebas suficientes para meterlo en la cámara de gas.

—Okey, pero si todo esto es una cortina de humo para ocultar cualquiera de sus trucos, Bellamy...

—Siga perdiendo el tiempo con ese teléfono y los pájaros emprenderán el vuelo. Eso me dará magníficos argumentos para mis declaraciones a la Prensa, teniente.

Ese argumento fue lo que acabó con sus vacilaciones. Después de colgar, Lida pareció salir de su hipnosis.

—Keith —susurró—, ¿es cierto lo que has dicho?

—Tan seguro como el infierno... Debí haber investigado por ese lado, en lugar de dar bandazos de un lado a otro cazando fantasmas. Y ahora, amor mío, dame el número de teléfono de tu enamorado.

Lo dictó con voz ahogada y yo lo marqué al teléfono.

—Me despistó con la comedia que representó en mi despacho —
mascullé entre dientes, como queriendo justificarme ante mí mismo—. Pero afortunadamente voy a...

Callé cuando un chasquido me indicó que acababan de descolgar el auricular.

—¿Míster Faulks? —pedí secamente.

—¿Quién le digo que le llama?

—Bellamy.

Esperé hasta que la voz del “potentado” gruñó:

—¿Qué tiene que decirme ahora, Bellamy? No dispongo de mucho tiempo.

—Lo supongo. Debe estar muy ocupado contando recortes de revista.

Sonó una exclamación ahogada. Antes que pudiera replicar añadí:

—Solo quería asegurarme que usted y su chófer estaban en casa. Voy en su busca ahora mismo... para ajustarles las cuentas personalmente, pareja de ratas.

Colgué de golpe. Lida se aferró a mi brazo, apretándose a mí desesperadamente.

—¡No dejaré que vayas allí, Keith! —suplicó—. Te matarán...

—No tengo la menor intención de jugarme el pescuezo, amor. Esperaré aquí los acontecimientos...

La abracé y busqué sus labios. Sus brazos se cerraron en mi cuello y se entregó al éxtasis cerrando los ojos.

El tiempo se detuvo. Entre las brumas de la pasión me sentí flotar en un paraíso inmenso, creado por nuestro amor, elevado sobre el mundo, azul y brillante y tan profundo como las simas de sus ojos.

—Te amo —susurró un millón de años más tarde.

—Ya lo sé.

—Tú lo sabes todo, ¿verdad?

—Seguro. Incluso puedo decirte dónde escondí tu dote.

Le revelé el secreto. Apenas si me creyó. No se movió para ir a comprobarlo. O se encontraba en medio de un paraíso particular igual que yo, o el dinero había dejado de interesarle.

De nuevo nos fundimos en un mar de ternura. En algún instante, la razón trató de abrirse paso en mi confusa mente, pero le cerré el paso. Todo era demasiado perfecto para estropearlo.

Solo cuando amanecía volví al mundo real del que había estado ausente durante horas. Sobre el diván, la pausada respiración de Lida era un bálsamo para mis nervios. Dormía con la confiada paz de una niña.

Entonces me deslicé hasta el teléfono y llamé de nuevo al teniente O'Connor.

Su voz estalló como un petardo.

—¡Maldito sea usted, Bellamy! Llevo horas revolviendo la ciudad en su busca.

Un escalofrío subió por mi espalda. Si me había equivocado, podía empezar a despedirme de mi licencia.

—¿Por qué? —indagué con un esfuerzo.

—¡Esos locos...! —se atragantó—. Pero usted lo sabía... Sabía que estaban desesperados, acorralados. ¿No es cierto?

—No tengo idea de lo que está hablando.

—Por eso no ha aparecido por allí... ¡El valeroso detective privado! —el sarcasmo que vibraba en su voz subió de tono—. Sabía que correría el plomo.

—Así que ha habido un poco de ruido...

—¡Condenación! Ruido dice usted. ¡Nos han recibido a balazos! Los dos. Desde las ventanas. ¡Disparar contra la policía...!

—Ya le dije que estaban armados —le recordé suavemente.

—Sí, usted dijo...

—¿Los han capturado?

—Faulks está muerto. Su chófer tiene dos plomos en el cuerpo, pero vivirá lo suficiente para meterlo en la cámara de gas. Ha confesado todo y...

—Eso es suficiente para mí.

—¡Eh, espere! Tiene usted mucho que contar. Quiero verlo en mi despacho inmediatamente. Quiero oír su historia...

—¡Quiero, quiero! Faulks también hablaba así y ahora está muerto. Ya le veré, teniente. En cualquier momento.

—¡Ahora!

—¡Ahora un diablo! Tengo algo más importante que hacer.

—¡No hay nada más importante que...!

—Oh, sí lo hay, teniente, sí lo hay...

Colgué.

Lida se había despertado y me miraba con sus grandes ojos cargados de promesas.

¡Ya lo creo que había cosas más importantes que hacer!

Me acerqué a la muchacha y la encerré entre mis brazos. Sus labios subieron al encuentro de los míos, o los míos bajaron en busca de los suyos, ese es un detalle que no importa mucho.

¡Qué diablos podía saber el teniente de las cosas importantes que había pendientes... en mis brazos!

Me olvidé del teniente.

Bueno, en realidad, me olvidé del mundo entero...

Excepto de Lida, claro.



¡VUELVE A LA TUMBA, CADAVER!

por

CLARK CARRADOS

—No quiero que diga de mí que no colaboro. Déjelo de mi cuenta; yo me encargaré de su cuerpo.

—¿Y yo? —exclamó Grant, aturdido.

—Usted, naturalmente, se volverá al panteón.

—¡No! —protestó Grant—. ¡No quiero encerrarme de nuevo en aquel maldito ataúd!

Esta vez fue Bishop el primero en atacar.

—¡Vuélvete a la tumba, cadáver! —dijo, mientras Grant se desplomaba al suelo, tras recibir un fenomenal golpe en la mandíbula.

Diez minutos después, Bishop depositaba en el ataúd vacío, el cuerpo, todavía sin sentido, de Manny Grant.

Era un cadáver... ¡viviente!

**¡VUELVE A LA TUMBA,
CADAVER!**

un nuevo éxito de

CLARK CARRADOS

Léala dentro de siete días

fans...



6 pesetas todas las semanas
La revista de la canción

es fans...tástica



EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain



VETERANO
tiene
ESO...



un **VETERANO** SABOR!...

OSBORNE *Fundada en 1772*